3 1761 07802999 8

UNA MANCHA DE SANGRE

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.- MADRID

BA277u

JOAQUIN BELDA

UNA MANCHA DE SANGRE

NOVELA

(TERCERA EDICIÓN)

181362.
13.6.23.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¿Quién disparó? (3.ª edición).
Memorias de un suicida (3.ª edición).
¡Saldo de almas! (3.ª edición).
La Farándula (4.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio (2.ª edición).
La Coquito (7.ª edición).
Una mancha de sangre (3.ª edición)
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (4.ª edicion).
Las noches del Botánico (3.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (4.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta. (2.ª edición).
El Compadrito.
Tobilleras.
Función de Gala.

EN COLABORACION

CON LUIS ANTÓN DEL OLMET

¡Usted es Ortiz! (Narraciones para el tren, la playa y la siesta.)

UNA MANCHA DE SANGRE

Arturo corrió el estor, se acercó al cristal del balcón todo lo que pudo y miró con más fijeza aún el forro de su cartera de bolsillo; no cabía duda, aquello era sangre, y sangre fresca y reciente.

¡Sangre! Pero ¿de qué? ¿de quién? Fuere de lo que fuere, ¿cómo había caído allí, en aquella cartera, que él no recordaba haber sacado de su bolsillo el día anterior más que en una de las ventanillas del Crédit

Lyonnais para cambiar un billete de cien pesetas?

Desde que, separándose de toda su familia, se había instalado en aquel pisito de la calle de Columela, le venían ocurriendo unas cosas muy raras; una mañana le entró el portero el desayuno, una taza de chocolate y dos bollos suizos:

—Déjelo usted ahí—le dijo, y se volvió del otro lado en la cama. Diez minutos después, cuando fué a tomar las viandas, se encontró con que el chocolate había desaparecido de la taza y los suizos se habían fugado.

Otro día amaneció con los pies calzados por unos magníficos zapatos de charol, siendo así que la noche anterior, lo recordaba perfecta-

mente, se había ido del baño a la cama, cosa que hacía siempre que había un escándalo en el Congreso.

Pero lo maravilloso, lo extrahumano, lo que para producirse necesitaba la intervención de un mago o de un poder cósmico, fué lo que le había ocurrido el mes anterior, a poco de vivir en la casa. Sabiendo él que el portero nunca dejaba pasar el día 5 del mes sin subir a cobrar el alquiler, y viendo que el almanaque señalaba el día 12, y aquél no le había presentado el recibo, Arturo, incapaz de aprovecharse de un olvido ajeno, le hizo subir al piso y le dijo:

—Le llamo para decirle que, cuando usted quiera, puede subirme el recibo.

—¿Qué recibo, señorito?

—El de la casa, del mes corriente.

—¡Ah, vamos!; el señorito está de broma.

—¿Yo?... ¿Qué dice...?

—¿No recuerda que me lo pagó el día 4?

—¿Que yo pagué...?

—Claro; haga memoria y verá. Busque, busque luego, despacio, entre sus papeles, y verá cómo le aparece... A menos que lo haya roto el señorito.

Arturo, apenas se hubo marchado el portero, se lanzó al cajón de la mesa donde guardaba los papeles y recibos, buscó como quien desea quitarse de encima una alucinación, y en efecto, allí estaba el recibo del

alquiler del mes corriente, llamándole idiota.

Bueno. Por lo visto había un poder brujo y sobrenatural que se encargaba de pagarle la casa. ¡Mientras le diera por ahí! ¿Seguiría actuando los meses sucesivos? En tal caso era un duende muy agradable el que así se entrometía en su vida privada. Pero ¡aquella mancha de sangre!

Esta vez estaba decidido a poner las cosas en claro, aunque para ello tuviera que desenmascarar al mismo demonio. Lector apasionado de las modernas novelas policiacas, sabía que lo primero que todo detective hacía en cuanto tenía un asunto nuevo que resolver, era encender una pipa y disponerse a almorzar.

Como era su hora, salió a la calle, encendió un cigarro y se marchó al restaurant de la Carrera de San Jerónimo, donde hacía sus diarias comidas.

Sentado a la mesa, y mientras le servían, abrió un periódico y se engolfó en su lectura; en la primera columna de la tercera plana le atrajo el tamaño desusado de un título: «Suceso misterioso. El epilogo de una juerga. Un joven muerto y una joven agonizando». ¡Arrea! Era un buen aperitivo; y leyó con la voracidad con que todos—dígase lo que se quiera — leemos siempre estas cosas:

«Un crimen estúpido, en que el vino ha obrado como motor indudable, se ha desarrollado anoche en

una de las habitaciones reservadas del elegante restaurant *La Camelia Negra*, situado en plena calle de Alcalá. La clase social a que pertenecen los actores de la tragedia—todos ellos gente distinguidísima—da al suceso un relieve inusitado, y le convertirá en la pesadilla de todo Madrid, mientras no se aclare el misterio que, *desde antes de cometerse*, rodea a este extraño delito. Ante todo, expongamos los hechos: dos jóvenes, alto, rubio y vestido de frac, él; alta, rubia, y desnuda de medio cuerpo para arriba, ella, llegaron anoche, a la una, al establecimiento citado y pidieron una habitación que estuviera tapizada de rojo—¿sería un presentimiento?—y que no tuviera comunicación direc-

ta con la calle. Esto último agradó mucho al *maître*, pues así era más difícil que los pollos se largaran sin pagar, caso que se ha dado alguna vez en la historia de los restaurants de lujo. Conforme a sus deseos, se les colocó en el gabinete número 13 —¡...!—que esta construído en el hueco de la escalera, y que no se usa más que para señoras casadas, vayan o no con sus maridos respectivos; el tono del decorado es rojo guindilla, para evitar que los muros se pongan colorados al oir ciertos diálogos.

»El joven pidió un menú de una opulencia tal, que en él no faltaban ni pepinillos; ¡con decirte, lector, que el plato más deleznable y de menos postín eran unos huevos

con tomate...! La comida, según declaración del criado que la sirvió, transcurrió sin incidente notable; únicamente merece consignarse, como indicio de que la tragedia estaba en el ambiente, un detalle curioso: ella, la joven de busto descotado, al beber una copa de Sauternes, se equivocó de conducto, y, en vez de echárselo por la boca, se lo vertió íntegro por el descote abajo... Al llegar el vino a cierto sitio la joven dió un respingo, y dijo con voz lúgubre:

»—¡Cómo estoy toda! Parece que me han dado una puñalada en el ombligo.

»Y el joven, que parecía algo volteriano, soltó una carcajada, y dijo con la boca llena de *foie-gras*:

»—¡Puñalada! No está el año de milagros.

»Se acabó la comida, y, servidos el café y los licores, el caballero dijo al criado:

»—Mira, Arcadio: al salir cierra bien la puerta por fuera.

»—¿Por fuera?

»—Sí; qué, ¿te choca? Lo raro hubiera sido que, al salir, la dejases cerrada por dentro.

»—Es verdad. El señor será servido.

»Salió el criado, cerró la puerta con doble vuelta de llave, y—¡fíjate bien, lector!—*se sentó en una silla, colocada frente al cuarto donde habían quedado solos los dos tórtolos.* De allí no se movió; pasaron diez minutos... diez minutos, du-

rante los cuales no salió el menor ruido de la habitación, ni siquiera esos ruidos furtivos que son de rigor en casos tales, y que a los camareros de ciertos locales son tan familiares como pueda serlo el del follaje del bosque mecido por el viento a la pastorcilla que apacienta en él sus cabritillos.

»De pronto, Arcadio, el camarero, dió un salto en la silla; del cuarto, cuya puerta sacudían con violencia, salían voces desesperadas:

»—¡Abran! ¡Abran pronto! ¡Echen la puerta abajo si hace falta!...

»¿Qué pasaba allí? El camarero se levantó, rezó un credo y descorrió el cierre de la puerta; pero apenas lo había hecho, tuvo que apartarse más que de prisa: la hoja se abrió

con violencia, y un hombre, el que estaba encerrado con la joven, salió como un loco, con el pelo revuelto y con la servilleta en la mano, y escapó corriendo por el pasillo que lleva a la escalera. Pasaron unos minutos... Arcadio no sabía qué hacer. ¿Entraba en el cuarto? ¿Corría tras el fugitivo? Optó por asomarse a la escalera y gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

»—¡Detened a ése, que se ha marchado sin pagar!

»Sabía que esta voz de alarma era lo que más podía decidir a los del mostrador; si en vez de ello hubiera dicho:

»—¡Detened a ése, que acaba de asesinar a una familia!...—nadie probablemente hubiera salido tras él,

»Cumplido aquel deber elemental, el camarero se dispuso a entrar en el gabinete; la rutina del oficio le detuvo en el umbral para decir:

»—¿Han llamado los señores?

»El silencio fué el único que se dió por aludido. Arcadio asomó la cabeza primero, y después metió el cuerpo. La mesa estaba en orden, sin más señales de lucha que las naturales de toda comida... Al pie de ella, casi tendida en el suelo y con el busto apoyado en una silla, estaba la joven rubia; un hilillo de respiración le libraba de parecer muerta; al exterior ninguna señal, ningún sitio por donde manase la sangre. El camarero, al inclinarse sobre ella para auxiliarla, dió un grito de espanto, retrocedió y quedó

agarrado con las manos a la pared como un reptil. ¿Por qué se emocionaba Arcadio? ¡Una fiambrera! Acababa de ver, tendido en el suelo al otro lado de la mesa, y con una herida en la frente que—manantial de sangre fresca—parecía una lata de pimientos acabada de abrir, al joven rubio y vestido de frac, a quien poco antes, por una alucinación sin duda, había visto salir corriendo de aquella misma habitación.

»Acudían ya otros camareros, el *maître* y algunos parroquianos, que gritaban en medio de la confusión:

»—¡Se ha escapado! ¡Se ha escapado!

»Arcadio, para no volverse loco, preguntó:

»—¿Quién?

»—El señorito ese. Ha salido a la calle y ha tomado un coche.

»El *maître* se encaró con Arcadio:

»—¿En qué estabas tú pensando? Nos has avisado muy tarde... ¿Qué? ¿De cuánto ha sido el mico?

»El camarero, por toda respuesta, les hizo pasar a la habitación. Se quedaron mudos.....

»Avisada la policía, llegó bien pronto a sacarles de su mudez; todos tuvieron que decir lo que sabían, que era bien poco. Arcadio fué el único que pudo dar algunos detalles: en la habitación, juraba y perjuraba, no había más que dos personas, las que yacían ahora tendidas en el suelo; cuando él, por mandato del señorito, cerró la puerta, no quedaban tras ella más que dos se-

res vivos, porque un pavipollo que había quedado en el trinchero estaba muerto desde dos semanas antes. Y una vez cerrada la puerta no había podido entrar nadie, pues él no se había movido de allí. Es decir, que el asesino, el que salió corriendo, o era un fantasma, o había entrado por alguna trampa oculta que hubiera en el suelo o en las paredes del gabinete. ¿Ruidos? ¿Disparos? No se oyó nada absolutamente... Y Arcadio no pudo decir más.....

»El suceso, como verá el lector, tiene todos los caracteres de un folletín. A la hora de ahora, hay en él planteados varios problemas. ¿Dónde estaba, o por dónde entró el asesino? ¿Cómo llevó a cabo el doble crimen? ¿Veneno, puñal, ametralla-

dora?... ¿Por qué mató? ¿Por celos? ¿Para robar? ¿Para quitarse de encima algún acreedor molesto?... Afortunadamente no todo son sombras: a última hora se nos da una noticia y se nos comunica un detalle que puede ser de interés. La policía tiene la pista de un individuo cuyas señas coinciden en absoluto con las que da Arcadio, el camarero, del supuesto criminal: se trata de un joven de excelente familia, muy conocido en Madrid, alto, rubio, con nariz provocativa y bigote recortado a la inglesa, y que tiene un lunar en el lóbulo de la oreja izquierda. Su nombre y apellido responden a las iniciales A. I. Esta es la noticia. El detalle es el siguiente: conducida la joven, víctima del suceso, a la

Casa de socorro, y al proceder a aligerarla de ropa para aplicarle una inyección de suero, se encontró en su pecho, y oculta por los encajes del cubrecorsé, una cartera de piel de canguro, nueva, flamante, y con una manchita de sangre en uno de los ángulos del forro: lo que tuviera dentro la cartera no lo hemos podido averiguar; únicamente se puede asegurar, por referencias autorizadas, que no contenía ningún billete de mil pesetas.»

***

Arturo no siguió leyendo: se levantó, fué corriendo a uno de los espejos que había en los muros del comedor, y se contempló despacio. Sí, no cabía duda; el espejo se lo es-

taba diciendo: él era alto, rubio, de excelente familia; su nariz era bastante provocativa y su bigote estaba recortado a la inglesa... El lunar de la oreja izquierda estaba allí para acabar de disipar sus dudas, y en cuanto a las iniciales A. I., ya no miró al espejo para convencerse, sino a la pechera de la camisa, junto al corazón. Sí, allí estaban, bordadas con hilo morado... ¡No cabía duda! ¡El asesino era él!

Sin empezar el almuerzo salió a la calle y echó a andar.

¿Dónde ir? A la horca, donde van los asesinos... Sin saber lo que le pasaba anduvo dos o tres horas y recorrió veinte, doscientas calles.

¿No podría tratarse de una coincidencia?... ¡Imposible! Harían fal-

ta no una, sino muchas. Entonces, ¿era verdad que él había cometido la noche antes un asesinato doble? Él, haciendo memoria, recordaba haberla pasado hasta la una en el teatro Romea, y desde esa hora, hasta las tres que se fué a su casa, en su tertulia del Ideal: ¿y era eso un asesinato?

¡Bah! Lo habían confundido con otro, lo calumniaban... Sí; pero si la calumnia iba adelante, el resultado sería el mismo; felizmente sus amigos del Ideal le ayudarían a probar la coartada... ¡Ah! ¡Estaba perdido! Además la locura le acechaba desde la esquina frontera a aquella en que se había parado. Ni le habían confundido, ni le calumniaban; el crimen lo había cometi-

do él, él mismo, Arturo Ibarra... Para probarlo, allí, en el bolsillo interior de su americana, estaba su cartera, la cartera cuyas señas coincidían también con la que se encontró sobre el cuerpo de una de las víctimas: sí, exacto: piel de canguro..., nueva..., flamante... y con la manchita de sangre en uno de los ángulos del forro. ¡Perdido! ¡Irremisiblemente perdido!

El cerebro comenzó a liársele. ¿Quién había cogido aquella cartera del cuerpo de la joven asesinada, y la había introducido, durante aquella noche indudablemente, en el bolsillo de su chaqueta, para que él, al levantarse por la mañana, la encontrara allí, con su mancha de sangre fresca y reciente? No; aque-

llo no podía ser; la cosa era demasiado gorda. Indudablemente había dos carteras iguales. ¡Qué casualidad!, las dos se habían manchado de sangre en el mismo sitio. Aquello tampoco podía ser.

No quiso díscurrir más; hubiera acabado por provocar la congestión. Fuese lo que fuese, confusión, calumnia, locura, había que hacer algo, y este algo no podía ser más que una cosa: huir. Huir. sí: saldría de España; pero ¿dónde ir con el frío que estaba haciendo este año? ¿A Italia? Cualquiera se arriesgaba, con la epidemia de terremotos que hay por allí ahora. ¿A América? La carestía de los fletes convertía el viaje en un problema financiero para quien, como Arturito, no tu-

viese en aquel momento más dinero que el preciso para vivir al día con decoro. ¿Y una huída a Egipto? No sería el primer caso en la Historia; además en aquel país los cigarrillos del Kedive deben estar baratos, y siempre es un aliciente.

—¡Necio de mí!—exclamó de pronto Arturo dándose un golpe en la frente. Lo primero es hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Sacó la cartera, la vació—no tenía más que unas tarjetas, un décimo de la lotería, diez duros y la cédula—y se dispuso a arrojarla por encima de la valla del primer solar que encontrase. Sólo que antes de hacerlo desechó el proyecto por absurdo; casi todos los crímenes cometidos en el arroyo se han descu-

bierto así: una navaja, un revólver arrojado a un solar por el criminal, creyendo arrojar con él su propia conciencia, han sido la base de una pista, que ha terminado en un presidio, o en algo peor.

Era preciso inventar algo nuevo; escoger un lugar solitario y poco frecuentado por los hombres, donde la soledad fuera su cómplice y su encubridor. ¿Dónde hallarlo? No tuvo que andar mucho: en una calle vecina había un teatro, famoso por la exquisitez de las obras que en él se representaban y por lo selecto y escogido de su público; el empresario era un artista, no un mercader, y prefería tener el teatro vacío a consentir que en su escenario se rindiese culto a cierto arte canalla

y procaz, que es el que ahora priva. Arturo se acercó a la taquilla, donde un señor emboquillaba pitillos, adquirió una butaca, y penetró mediado ya el espectáculo.

En la sala un juglar contaba un cuento a una dama muy engolada que le oía con mucha complacencia; una suave música siglo XIII sonaba tras el telón del foro, y un ángel colgado de las bambalinas dejaba caer sobre la dama y el juglar una lluvia de confettis, en cada uno de los cuales iba escrito un soneto. Arturo comprendió que había llegado el momento: en la sala no había nadie; los acomodadores habian salido a fumar a los pasillos, y el bombero de guardia hacía pajaritas con un periódico, después de

habérselo leído íntegro indudablemente.

Arturito sacó la cartera, dejóla caer al suelo con suavidad, y fué empujándola con el pie hasta trasladarla cuatro o cinco butacas más allá de la que él ocupaba. Por disimular se mantuvo en su puesto hasta que acabó el acto, que era de los interminables, y durante el cual sufrió dos amagos de catalepsia.

Pero como todo llega en este mundo, bajó el telón y él salió a la calle. Indudablemente se había quitado un peso de encima, pero la preocupación no le dejaba, y volvía al vagabundeo errante por calles y más calles, hasta que, lo menos una hora después, se encontró parado entre un grupo de gente, que mira-

ba con curiosidad a una casa, y hacía comentarios acalorados:

—Sí, ahí fué.

—Y ¿le han cogido ya?

—Creo que no, pero no tardará en caer...

Las palabras sueltas le trajeron a la realidad. Y la realidad no podía ser más espantosa. Se encontraba parado frente al restaurant de *La Camelia Negra*, frente al lugar del crimen, y la gente hablaba de él, aunque sin conocerle aún, para execrarle y para maldecirle. Por aquella puerta, que ahora miraba embobado, había salido él la noche anterior, huyendo y como loco, después de realizar su hazaña. Por lo menos eso decían, este estupendo sambenito le habían colgado.

Y, pensándolo bien, debía ser verdad, triste verdad. ¿Cómo explicar sino aquella vuelta involuntaria e inconsciente al lugar del crimen. que dan todos los asesinos, según observación estadística, al día siguiente de realizada su fechoría? Sí, era un criminal, no podía dudarlo; pero, adquirida esta convicción, lo que más le preocupaba era el saber cómo y por qué había cometido él aquel crimen; era un crimen misterioso para todo el mundo, pero ¡Dios mío, que no lo fuera también para el autor!

Mientras lo averiguaba, lo que más urgía era quitarse de allí, abandonar el lugar del delito, pues sólo con permanecer en él se estaba delatando.

Tomó por asalto el primer coche que pasó y dió orden al cochero de que le llevase más que volando a su casa.

***

Estando en ella, a la mañana siguiente, en punto de las once, y después de haber leído en los periódicos que todo seguía igual y que al individuo rubio, cuyas iniciales eran A. I., no había podido encontrarle aún la policía, subió el portero a anunciarle una visita extraña: un hombre que no quería decir quién era ni a lo que iba, y que, a juzgar por su aspecto, debía ser una buena persona.

¡Sí, sí! Cualquiera se fiaba de aspectos ni de apariencias. Bueno que

pasase, pero él tomaría sus precauciones. Por lo pronto, el revólver metido, con la mano derecha, en el bolsillo del pantalón; el balcón del gabinete abierto, por si había que saltar por él, ya que felizmente se trataba de un piso entresuelo; y luego, el gramófono en marcha todo el tiempo que durase la visita, y con un disco de Encarnación la *Rubia*. Ahora ya podía entrar el Cid Campeador o José María el *Tempranillo*. No temía a nadie.

Entró un hombre sencillo, modesto y de una afabilidad que casaba muy bien con su capita parda, más corta de lo que hubiera sido lógico. Una sonrisa de beatidud le abría el rostro como un biombo que se pliega...

—Perdone usted, pero... el cumplimiento del deber...

—¡Ah! ¿Viene usted en cumplimiento del deber?

—Si no fuera así yo nunca me hubiera atrevido a molestarle.

—Viene a molestarme—pensó Arturo—; lo acaba de decir. Debe ser el alguacil del Juzgado.

Y acercándose al balcón todo lo que pudo, dijo, adoptando una actitud arrogante:

—Pues usted dirá.

—Yo vengo a devolver al señor... pero antes, dígame, ¿no recuerda el señor haber perdido nada en el día de ayer?

—¿Ayer?

—Sí, algún objeto de su uso particular, que al sacar del bolsillo otra

cosa cae al suelo sin que nos demos cuenta.

—¿Un objeto?... Bueno, pero, ante todo, ¿usted quién es?

—Yo, señor, para servirle, soy un acomodador de butacas del teatro X—aquí el nombre del teatro donde Arturo se había metido la tarde anterior—que al hacer ayer la requisa después de la función, me encontré debajo de la butaca número 22 de la fila 5.ª, esta cartera de su indudable pertenencia.

Y sacó, muy envuelta en un papel de seda, la cartera fatal, con su mancha de sangre en uno de los ángulos, que era para él como una acusación y como un remordimiento. El acomodador, al ver la cara que puso Arturo, y al observar que

nada decía, creyó haberse equivocado:

—¿Acaso no es de usted? ¿No es usted don Arturo Ibarra?

—Sí, yo soy, pero... ¿cómo ha podido usted averiguarlo?

—No hay que ser ningún lince: no hace falta más que un poco de curiosidad. La abrí por si tenía algo dentro, y me encontré con una tarjeta donde había un nombre y las señas de esta casa. ¿Qué iba a hacer? Un hombre honrado, ante un objeto que no le pertenece, no tiene más que un camino que seguir: el que conduce a la casa del dueño. Y aquí he venido.

—Bueno, hombre, bueno. Mía es esa cartera, es verdad; traiga usted y... tome estas cinco pesetas como

pago a la molestia de venir a traérmela.

El semblante del acomodador se desacomodó por completo:

—¡Qué dice usted! ¡Cinco pesetas! A ver si se ha creído el señorito que yo me he pasado la vida jugando a la rana...

—No entiendo de ratimagos ni sé de modales de plazuela. Si no le acomoda el precio puede irse a la calle con las manos en los bolsillos.

Aquel hombre se había transfigurado; el cordero era ahora un tigre; la estatura la aumentó dos palmos, y la capa, que antes le llegaba hasta los riñones, se convirtió en una esclavina como la que llevaba el Condestable en el asalto de Roma:

—¡Con las manos en los bolsillos!

¡Y un trinchero! De modo que le devuelvo yo al socio un objeto por el que me ofrecían quince pesetas hace un cuarto de hora en un comercio de la Plaza Mayor, y me quiere liquidar con un duro. ¡Vamos, hombre! ¡Usted se ha equivocao de piso!

—¡Ah! ¿De modo que ha intentado usted vender lo que no le pertenecía?

—¡A ver que sueño! Es decir, venderlo, no; saber lo que podía valer, para... que usted me diera un duro más.

—Un duro más, no: le daré las quince pesetas.

—Para eso no hubiera yo venido de la Plaza Mayor aquí.

—Es verdad. Le daré los cuatro

duros... Ahí van; pero sepa usted que vender una cosa que no nos pertenece es hacer oposiciones a una celda del Ritz de la Moncloa.

—Allí nos veríamos, porque supongo yo que más grave que eso será matar a dos personas en el restaurant *La Camelia Negra* y marcharse encima sin pagar.

—¿Qué dice usted?

Arturo fué a echarse sobre él; pero el hombre, cogiendo las veinte pesetas, se lanzó al balcón que Arturo había dejado abierto, y de un bote se plantó en la calle. Desde ella y ya corriendo, le dijo:

—Digo, que se ha debido usted poner barba postiza para que no le reconozcan. ¡Vaya un tío sereno!

La *Rubia* en aquel momento en-

tonaba en el gramófono la conocida copla que dice:

«Voy a poner un espía
por el sitio aonde vienes...»

***

Por miedo o por lo que fuera, Arturo—mientras hacía la maleta para escaparse de Madrid—no quería pasar solo la noche o las noches que le restasen estar en la corte. Aquella tarde, desde el círculo, donde observó que los amigos le miraban de modo sospechoso, aunque sin atreverse a decirle nada, escribió a una muchacha a quien había conocido pocos días antes en el Tangonia Club:

«Querida Chichí: la noche ven-

turosa con que vienes soñando desde que tuviste el placer de conocerme, ha llegado ya. Esta noche, a las nueve, te espero en mi casa; procura venir en ayunas, pues habrá cena, después se hará música, se hará café en la cafetera rusa, que lo saca de primera, y se hará la cama, que el portero no me hace nunca a mi gusto. Después de hecha la cama se hará todo lo que tú quieras.

»Aunque sé que eres una romántica, te diré amistosamente que en este momento no puedo disponer más que de diez duros. Te lo digo para que no te hagas ilusiones superiores a cincuenta pesetas. ¡El desengaño sería horrible!

»No faltes. Tuyo, A. I.»

Pasaría la noche acompañado y,

además, aquella pequeña orgía sería una especie de adiós a la vida, por si acaso el Destino lo guardaba para expiar en plazo breve en el patíbulo un crimen que no había cometido.

Felizmente, eso de meter una mujer en casa a pasar la noche era problema que no le preocupaba, pues conocía la tolerancia del dueño de la casa, hombre de mundo y a la moderna. En aquel inmueble todo era lícito, menos dejar de pagar el recibo en los primeros días del mes; semanas antes, unos amigos suyos habían de celebrar un campeonato de ciclismo, en los desmontes del paseo de Ronda, y como el día se metió en agua francamente, volvían a Madrid tristes y cabiz-

bajos, cuando al pasar por la calle de Columela, Arturo los vió desde sus balcones, los invitó a subir, y allí mismo, sobre el piso, a cubierto de la lluvia, se celebró el campeonato y hasta se estropearon dos máquinas. El casero, que tuvo noticia de ello, no sólo no se incomodó, sino que escribió una carta al campeón triunfante, felicitándolo efusivamente, y diciendo que no perdonaba que no se lo hubiesen advertido, pues de haberlo sabido habría mandado asfaltar el pasillo donde se celebró la carrera, y establecer en la cocina una ducha para los corredores. ¡Y es que la leyenda de la tiranía de los caseros, en la mayor parte de los casos, es eso: una leyenda!

Llegó la noche, y con ella, a las nueve en punto, llegó Chichí; era una criatura de edad indefinida, pero cuyo cuerpo nervioso y ondulante atraía a todo hombre medianamente constituído; y no es que nosotros la hayamos visto nunca desnuda—¡caray, pobre Arturo!—, es que nos lo figuramos con esta portentosa imaginación que Dios nos ha dado, que es un sifón a medio estallar.

Hubo besos, caricias, bromas de buen gusto, y a las nueve y cuarto se sentaban los dos a la mesa, preparada en el mismo despacho de Arturo, y servida por el portero, que era toda la servidumbre del joven.

No habían hecho los comensales

más que empezar a tratar con el solomillo, que era el segundo de los platos, cuando en los cristales del balcón sonaron unos golpecitos suaves... Los tenedores suspendieron el viaje a las bocas, y Chichí se asustó ligeramente:

—¡Arturo, por Dios! ¿Qué será eso?

—Calla, tonta; alguna piedra arrojada desde la calle, y que ha dado ahí como ha podido dar en las narices de cualquier transeunte.

Pero los golpes se repetían ahora con más insistencia, y con un poquito más de fuerza. Chichí dió un salto, se levantó de la mesa, dejó caer una botella y fué a refugiarse en un ángulo de la estancia, detrás de una papelera:

—¿Ves, hombre? ¿Lo ves? ¡Toma piedrecitas!

—¡Calla mujer! No pierdas tan pronto lo serenidad.

—Pero si es que esos golpes no tiene más remedio que darlos uno que esté subido al balcón.

—Aunque así sea; cuando avisa no vendrá a nada malo. A lo mejor es el de la luz, que viene a cobrarla.

—¡Ay, Arturo! ¿Para qué me has hecho venir a tu casa esta noche? ¿Es que me tenías preparada alguna encerrona?

Pero tres golpes, ya rotundos y secos, cortaron en flor el diálogo.

—Si me callo, me hace añicos los cristales... ¿Quién es?

—Un amigo.—La respuesta la dió una voz triste y doliente, que tem-

blaba un poco en el silencio de la noche.

Arturo tenía miedo, pero la presenciade Chichí, cada vez más acorralada, le convirtió en un héroe. Sacó un tono de voz grave y entero, y volvió a preguntar:

—Y ¿qué quiere ese amigo?

—Entrar.

—Y ¿por qué no lo hace por la puerta de la calle y por la escalera, como todos los seres civilizados?

—Porque el portero de la casa es amigo mío, y, como le debo unos cuartos, si me ve va a tener la pretensión de que se los pague.

—¡Caray, pues es un problema!

Arturo pensó poco tiempo lo que debía hacer: abriría el balcón. El hombre que aguardaba tras sus

cristales podía ser un infeliz, pero también podía ser un amoral, de esos que se meten en las casas y se llevan hasta las escupideras. ¡El revólver lo tenía allí a la mano; el gramófono también; era su arma defensiva. Lo puso en marcha y colocó en él un disco de Sagi-Barba. Con el silencio de la noche resonó el estridor de aquella romanza de *El Juramento,* que empieza:

«Cuál brilla el sol
en la alegre pradera:
cuál su perfume
despide la flor...»

Antes de abrir dijo a Chichí:

—Si tienes miedo puedes marcharte.

—¡Nunca! Lo que sea de ti... que sea de los dos.

El muchacho corrió el estor, levantó el cierre y abrió una hoja de los cristales.

—Pase; está usted en su casa.

Un hombre alto y rubio, envuelto el busto en una bufanda color ceniza, y lo demás del cuerpo cubierto apenas por un abriguillo que fué en tiempos verde-acacia y ahora era verde-insolencia, penetró receloso en la estancia, dando las buenas noches como quien deja caer una moneda de dos pesetas. Arturo, al cerrar el balcón, creyó ver en la acera de enfrente unas sombras que dialogaban.

El recién llegado se desembozó y tomó la palabra:

—Usted no me conoce a mi, señorito Arturo. Yo... vengo a salvarle

a usted... No, no me dé usted las gracias; lo hago por mi cuenta y razón. Veo que se le acusa de una hazaña que no ha realizado, y yo, para...—Se interrumpió para decir: —¿No podría callar el aparatito ese? Porque, vamos, yo soy un admirador de Sagi-Barba, pero así a deshora, y en un momento tan solemne, me parece un exceso.

Calló el barítono, y el hombre del abriguillo siguió:

—Pues decía que yo voy a decir donde debo toda la verdad; porque eso de que le cuelguen a usted sambenitos tiene poca gracia. El que cometió lo de anoche en el restaurant de la calle de Alcalá, y le llamo *lo de anoche,* porque de crimen no tuvo nada, fuí yo, yo mismo, don

Arturo; y no se asombre usted ni ponga esos ojos, que parece que va a impresionar una película. ¡Yo! Artemio Ichigoyen. Y crea usted que cualquiera en mi caso hubiera hecho lo que yo hice... Y usted, señora, no me mire como a un bicho raro, ni baje la cabeza cuando yo la miro. Su amiga de usted está bien muerta... es decir, estaria, porque a última hora parece que se va a salvar con eso del suero.

—Pero, ¿qué dice usted?

—Digo que a estas horas no hay más que una persona en el mundo que sepa lo que pasó anoche en aquel cuartito: el hijo de mi madre, que no tuvo más que uno, porque se quedó viuda a los dos meses de casada.

—Bien, bien, no divague, y haga el favor de contarnos...

—Todo, señor; si no he venido a otra cosa.

—¡Caramba! ¿Sólo para eso asalta usted una casa, a media noche, jugándose la vida?

—Verá usted: yo le voy a salvar a usted, pero usted me tiene que salvar a mí.

—¿Yo? ¿Qué puedo yo hacer...?

—Eso vendrá después; ahora, si les interesa, oigan mi relato, que usted permitirá que yo moje con una copa de este vino que tienen usdes aquí.

—¡Cómo no! Ya lo creo.

Chichí, atenuado un poco el miedo, salió de su escondite y se acercó para no perder detalle. Arturo

ofreció una silla al visitante, se acomodó él en un sillón y encendió un cigarro; al darle uno al del gabán, éste contestó con énfasis:

—Gracias, no fumo más que en verano.

—¡Qué hombre más cabalístico!—pensó Arturo. Y se dispuso a escuchar como si hablase Cicerón.

—Ante todo—comenzó el asesino—¿qué iban a hacer aquel pollo y aquella joven en el gabinete del hueco de la escalera de *La Camelia Negra?* Parece que iban a cenar, pero no hay que fiarse de las apariencias. Lo de la cena no era más que un pretexto; la pidieron copiosa porque no pensaban pagarla. Y así fué; aún no la han pagado. Bueno, yo en su caso hubiera hecho lo mis-

mo... No iban a cenar, iban a... suicidarse.

—No olvide usted que hay menús que son un suicidio.

—Bueno, pues iban a matarse, porque los dos se amaban, y ayer mismo, por la mañana, a eso de las diez, descubrieron—como se descubren estas cosas, por casualidad—que él, hace dos años, tuvo que ver con la madre de ella, y en cambio el padre de ella...

—¿Tuvo que ver con la madre de él? ¡Qué horror!

—No, no; no corra. El padre de ella no era su padre, sino su... su... La presencia de esta señorita me cohibe.

—¿Quién, Chichí? No se preocupe usted. Seguramente ella, en su fa-

milia, tendrá también algun caso de esos.

—¡Arturo!

—Bueno, pues el padre de ella, de a muerta, es decir, de la herida, no es su padre, sino un amigo de su madre y un aspirante al cariño de la hija.

—Vamos, sí: un lío.

—Dos, dos líos; créame usted a mí.

—Y ¿por eso sólo querían matarse?

—Por eso; ellos tenían pensado casarse, pero después del descubrimiento, la boda era imposible; figúrese: ella hubiera sido cuñada de su propia madre, y él cuñado también de su suegro; de modo que los hijos del matrimonio tendrian una abue-

la que sería una tía, y un padre que sería un abuelo. El abuelo, por parte de madre, sería...

—Ya, ya... que el laberinto de Creta, comparado con aquella familia, sería el plano de San Sebastián.

—Decidieron matarse, sí, señor, porque, desgraciadamente, vivimos en un país en el cual los novios que no pueden casarse se matan.

—Y los que se casan se matan también, para toda la vida, no le quepa a usted duda.

—Bueno; decidieron matarse, se citaron en el restaurant, cenaron, y cuando llegó el momento se echaron a llorar los dos, como dos mocosos. «Tira tú primero...» «No, tú, que yo estoy muy nervioso...» «Pues los dos a la vez...» Total, que les

faltaba valor... Y yo oyéndolo todo desde uno de los cajones del trinchero.

—¿Usted...?

—¡A ver qué rato! Encogido, hecho un ovillo; pero sin rechistar, como un héroe.

—¿Y qué hacía usted allí?

—Haciendo tiempo, esperar. Estaba citado con dos amigos para las tres de la madrugada, con objeto de dar un golpe en una joyería de la calle del Caballero de Gracia...

Arturo se puso en pie de un salto.

—¡Cómo! ¿Pero usted es...?

—Ladrón de oficio, sí, señor. ¿O es que usted se creía que el hombre que esta noche ha entrado en su casa por el balcón era algún caballero calatravo? Nada de eso. A mí

esto de subirme a los balcones me es tan familiar como a usted tomar un tranvía de los de Serrano. Pero no se asuste; a su casa no he venido a ejercer mi profesión, se lo aseguro.

—Lo que no comprendo es por dónde entró usted en la habitación de *La Camelia Negra.*

—Como no soy brujo no hago imposibles, y en aquella habitación no se puede entrar más que por la puerta. Por ella entré yo.

—¿Cuándo?

—Media hora antes que la parejita.

—Y ¿para qué?

—Para derribar un trozo de pared que a mí y a mis dos amigos nos permitiera llegar a la calle del Caballero de Gracia sin que nos atro-

pellase un automóvil. Yo sabía que aquel cuarto era el menos frecuentado del restaurant y lo escogí.

—¿Nadie le vió a usted entrar?

—En el cuarto, no; pero en el local, todo el mundo; dije que era el de la luz, que iba a ver el contador, y como éste se halla al pie mismo de la escalera, pues, ¡al pelo! Sólo que una vez allí, y cuando me disponía a empezar la faena, oigo pasos, escucho que en el pasillo se hablaba de entrar allí, y...

—Sí, había que pensar en la fuga. ¡Eso tiene ese oficio!

—¿Conoce usted alguno en que no haya que salir huyendo alguna vez?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—El de buzo.

—¡Bueno! El caso es que, yo, entre salir al pasillo y tener que andar con explicaciones, o meterme debajo de la mesa, elegí el trinchero, y en él me metí, dispuesto a pasar allí la noche. Y allí estaría todavía si, en un momento de energía y de lucidez, no hubiera hecho lo que hice. Porque a última hora resultó que al galán se le había olvidado el revólver, y en la habitación no había más arma mortífera que los cuchillos de postre. El porvenir empezaba a presentárseme negro; quedarme allí era imposible, porque si aquellos tórtolos se mataban acudiría la policía, registrarían la habitación y...

—Ya, ya...

—Y si no se decidían a matarse lo mismo podían estar allí media hora que medio año. Quedaba una solución, pero fantástica: salir del cajón, presentarme a aquellos señores, y decirles tranquilamente: «Perdonen ustedes que les interrumpa, pero me quedé dormido ahí dentro, antes de que ustedes vinieran, y...» Era peligroso, porque nadie sabe cómo me hubieran acogido; eran dos contra uno, y dos que habían cenado, contra uno que no había tomado nada desde las tres. Entonces tuve una idea genial: salvarme yo, sacando al mismo tiempo a aquel par de infelices del callejón sin salida en que se habían metido. Ellos querían matarse y no podían; pues bien, los mataría yo, y una vez

muertos, ya me las compondría para salir de allí.

—No hay que negar que tiene usted ideas geniales.

—Gracias, es de familia. Mi padre inventó un paraguas sin varillas, pero le robaron los planos del invento y murió en la miseria; sus hijos, los días de lluvia, tenemos que refugiarnos en los soportales de la Plaza Mayor para no ponernos hechos unas sopas... Pues decía que pensado el proyecto, como lo pensé lo hice; con suavidad fuí abriendo el cajón, y saqué primero una pierna, luego otra, después una mano, y lo último que saqué fué la cabeza, que se me quedó dormida en un rincón. La señorita, por estar frente al trinchero, fué la primera que me

vió; yo la hice señas para que callase; pero ella hizo algo más que eso: sin pronunciar una palabra, sin proferir un grito, se levantó de la silla, inició unos compases de vals-boston, y cayó al suelo muerta.

—¿Muerta?

—Eso creí yo; y he visto por la Prensa que todo ello no fué más que un colapso cardíaco.

—Y él ¿qué hizo mientras?

—No me había visto, no llegó a verme siquiera, porque yo, viendo que uno de los dos ya estaba fuera de combate, sin que yo hubiera tenido que mancharme las manos de sangre, decidí despachar al otro en seguida. Avancé con cautela, me coloqué a su espalda, empuñé una botella de benedictino que había so-

bre la mesa, me entró la locura homicida de que hablaba Lombroso, y me la bebí de un trago; después, con el casco vacío, le abrí un boquete en la frente, brotó la sangre, y cayó al suelo el joven, primero de rodillas, después a lo largo. La agonía fué breve... La botella debió meterse íntegra dentro de la cabeza, porque yo no la volví a ver.

Al llegar a este punto del relato, Chichí dió un grito e inició un ataque de nervios; pero Arturo, que indudablemente tenía sobre ella un gran dominio, pues aún no le había entregado los diez duros prometidos, la contuvo con estas palabras:

—¡Mujer, por Dios! Espera que acabe el señor su narración. ¿No ves que ahora, si te pones mala no te

vamos a poder atender como tú te mereces?... Siga usted, buen hombre, siga usted.

—En rigor, ya no me queda casi nada que decir. Salí de la habitación como usted ya sabe, como han dicho los periódicos; gané la calle a fuerza de piernas, y aqui estoy.

—Siga usted.

—No, si ya he acabado.

—¡Que ya ha acabado usted! Pero eso no es posible. Usted sabe algo más, mucho más de lo que nos ha contado, y ese mucho es precisamente lo que a mí más me interesa. En primer lugar, ¿por qué se me señala a mí como el autor del crimen?

—Porque se le ha confundido a usted conmigo.

—Y ¿por qué esa confusión?

—Yo creí que tenía usted ojos en la cara. Yo soy un hombre alto, ¿verdad? Pero usted no es bajo. Yo soy rubio: usted no tiene nada de moreno. Mi nariz y la de usted, en un concurso de pararrayos, quedarían empatadas para el primer premio. El bigote los dos nos lo recortamos a la inglesa, porque somos hombres de nuestro tiempo; y en cuanto al lunar de la oreja izquierda, los dos lo tenemos, sin más diferencia que el de usted es natural y el mío es consecuencia de una perdigonada. Nuestros nombres y apellidos empiezan por las mismas letras: A. I. Luego ya ve usted que el joven alto, rubio, de nariz provocativa, etc,, que anoche asesinó a dos personas en *La Camelia Negra,* lo

mismo puedo ser yo que usted... Porque lo de *muy buena familia* es también un denominador común; no olvide usted que mi padre fué el inventor de los paraguas...

—Sin tela... descuide usted, que no lo olvido... Pero vamos a otra cosa. ¿Qué lío es ese de la cartera? ¿Por qué sobre el cuerpo de la joven a quien usted mató... de un susto se encontró una cartera con una gota de sangre? ¿Por qué mi cartera, exactamente igual a la hallada sobre el cuerpo de la joven, amaneció ayer mañana con una mancha idéntica?

—Yo no veo en eso lío ninguno. Que la joven llevara encima una cartera y que ésta tuviese una mancha de sangre, ¿es algo misterioso?

Si tenía la costumbre de llevarla siempre encima, la cosa más natural es que tuviese esa mancha; porque, ¿a quién no se le sueltan alguna vez las narices? ¿A quién no le han dado alguna vez un puñetazo en los morros que le ha hecho manar sangre por las encías?

—¡Hombre, a mucha gente! ¡A mí, por ejemplo! ¡Ni creo que haya nacido el...!

—Es usted muy joven.

—Bueno; usted lo explica todo. Explique usted lo mío, lo de mi cartera. ¿Por qué, en una noche, sin haber salido de mi bolsillo, se mancha de sangre, y de sangre humana, y precisamente en el mismo sitio que la otra?

—¡Ah! Eso... usted sabrá...

—¿Yo? ¡Qué he de saber! Crea usted que es para volverse loco. La cosa, racionalmente, no admite más que una explicación: un hombre atrevido, que tiene el hábito de entrar por los balcones en las casas ajenas, y que para preparar una coartada viene aquí mientras yo duermo y deja una cartera en el bolsillo de una americana.

—¡Que le afeiten a usted la cabeza!

***

Lector: es de noche, y en el reloj de San Cayetano acaba de dar la una. Por la calle de Embajadores baja un hombre muy embozado en una capa, y con un sombrero de paja en la cabeza. Llueve, hace

frío y Dato sigue en el Poder... Como ves, lector, hay noches con hueso.

¿Dónde va aquel hombre con tan extraña indumentaria? ¿De dónde viene?

En la calle no hay nadie, pues el sereno ha subido en aquel momento a acompañar hasta la puerta de su piso—sexto con entresuelo—a la comadrona del 60, y cuando baje seguramente habrá amanecido ya. Al final de la calle, casi esquina al Portillo, hay un bar-tupi-limpiabotas que ostenta, en letras azules sobre fondo verde, el siguiente título: «Au rendez-vous des gourmets».

A aquella hora no está más que entreabierto, pero por la rendija de la puerta sale a la calle el aire gua-

són de un tango argentino, tocado por uno de esos pianos mecánicos que en cierta clase de establecimientos han venido a sustituir a los clásicos organillos.

El dueño del local, hombre abierto a todas las iniciativas modernas, ha instalado en él, hace unos quince días, un tangonia-club, donde los jueves y domingos, de doce a seis de la madrugada, se celebran unos desayunos-tangos que amortiguan el flato. Lector: hoy es jueves; conque, no te decimos más.

El hombre de la capa y el paja se detiene un momento a la puerta: vuelve la cara, mira en derredor, y al ver que nadie le espía, va a la acera de enfrente, se arrima a la pared, como un niño castigado, y

hace lo suyo, faltando a las ordenanzas municipales, sin que la conciencia le dé ni un solo grito. Cruza de nuevo la calle, y se mete en el *rendez-vous*.

Este local consta de dos amplias habitaciones separadas por una cortina, que en tiempos debió ser colcha de cama. En la primera, en la inmediata a la calle, hay un mostrador, unas mesas y unos taburetes; en la segunda... ¡bueno, la segunda, a aquella hora, es un trasunto de la corte del Rey Sol!

Todo el mocerío callejero del barrio, y aun de más allá, pues han venido también las Aspasias de la Plaza del Progreso y las Mesalinas de Lope de Vega, hace aquella madrugada estación allí, y baila sin

saber lo que baila ni para qué, con una furia de bacanal.

El salón es amplio y está lleno; en el centro de él un hombre calvo, con un palo de cortina rematado en unos zorros, representa el orden, elemento sin el cual, según algunos, no puede existir ninguna sociedad.

Allí, como en el Ritz, en el Palace y en los salones de las duquesas, triunfa el tango argentino, esa danza que parece una burla hecha al vals y que da la idea de que los bailarines padecen de callos en ambos pies, y están deseando colgarse de una percha. Sólo que allí, sin los remilgos de los barrios del centro, se baila el tango en su propia salsa, como lo bailan los pamperos en año de buena cosecha; la mujer se aga-

rra al hombre como el náufrago a la tabla salvadora, y el hombre se ase a la mujer como el muérdago a la encina. Huele a aguardiente y a sudor, se habla bajito y se ríe a carcajadas, y cuando, de vez en cuando, dos parejas se tropiezan en las evoluciones naturales de la danza, en vez de pedirse perdón se insultan con rabia, y los hombres se desafían con la mirada para luego. Luego, el desafío suele acabar en el mostrador de la entrada, donde los disparos son con bala rasa.

En aquel mostrador, el hombre del paja, al entrar, se sopló un vermú, pagó, y fué a pasar al baile. Un jovencito con tufos le detuvo junto a la cortina para decirle:

—Le advierto, amigo, que el guardarropa es gratuito.

—¿Y qué?

—Pues que si no deja usted aquí la pañosa y el zeppelin ese que lleva usted en la cabeza, no puede pasar al salón.

—Y eso, ¿por qué?

—¡Ay, qué hombre! Le he dicho a usted que el guardarropa es gratuito, y además obligatorio.

—Vamos, sí: como la enseñanza primaria.

—No sé nada de eso; pero por si es un camelo, sepa usted que yo los gasto de cuero y a la medida.

—El que no te entiende ahora soy yo... Pero toma: la capa y el casco. Cuídamelo bien, que es de contrabando.

—Por ése no hay cuidado; como si dejara usted un cheque a la vista.

—Pues me has estropeado la combi.

—Quién ¿yo?

—¡A ver! Como que eso del paja era un telégrafo de señales. Me he citado aquí con uno, y para no andar buscándonos toda la noche entre tanta gente, le dije: «Llevaré un sombrero de paja; de modo que en cuanto huelas la paja, acude». Porque no se le iba a ocurrir a otro venir con jipi esta noche, ¿verdad?

—Y ¿quién es ese a quien usted busca?

—Se ha llevao los muebles.

—Hombre, lo pregunto para ver si lo conozco y buscarlo.

—No te preocupes. Lo encontraré.

Y Arturo entró en el salón del tango a cuerpo gentil, y con un clavel en la solapa de la americana.

Sí, lector: el hombre misterioso de la capa y el paja era Arturo, el infeliz Arturo, que en busca de la verdad se había metido en aquellos días en los siguientes lugares: una ladrillera del camino de Barajas, el Museo de Arte Moderno, una alcantarilla del paseo de las Acacias, una casa de la calle del Rollo, la última sección del Chantecler y una casa de préstamos del barrio de Pozas.

¡Y la verdad sin aparecer! Desde la noche en que el asesino de *La Camelia Negra* se metió en su casa por el balcón y les colocó a él y a Chichí aquel cuento chino del asesi-

nato premeditado en el cajón de un trinchero, Arturo recibía a diario un par de anónimos, redactados en la forma siguiente: «Si quiere usted saber de una vez toda la verdad, no deje de ir hoy a tal sitio y a tal hora».

Iba, y se encontraba casi siempre con un muchacho andrajoso que le preguntaba con mucho misterio:

—¿Es usted el señorito Arturo?

—El mismo, hijo mío, ¡por mi mal!

—Bueno, pues yo estoy aquí para decirle a usted que la persona que le ha citado no puede venir a esta hora, y que mañana le escribirá a usted diciéndole dónde se pueden ver.

El día que lo citaron en el Museo de Arte Moderno el chiquillo andra-

joso se trocó en un hombre que parecía un cesante, y que llevaba impresa en el rostro la huella de una profunda melancolía; le colocó la frase de ritual y acabó pidiéndole que le convidara a percebes en una pescadería de la calle de Serrano, donde los recibían a diario de Mahón, pues hacía cuarenta y dos horas que no había tomado nada caliente. Arturo cayó en el lazo, y, a cambio del convite, quiso que el hombre le dijera quién era el ser misterioso que a diario le citaba, y que, por lo visto, conocía toda la verdad; pero el convidado, con el último percebe en la boca, se revistió de una dignidad que nadie sospechara en él y se negó rotundamente a delatar al incógnito. Como Artu-

ro insistiera, hubo de decirle con entereza:

—Caramba, señor mío, si por seis reales de percebes quiere usted que yo falte a la fe jurada, ¿qué sería usted capaz de exigir de mí si me hubiera convidado a comer en casa de Botín? Seguramente me pediría usted la honra, o que le votase en las próximas elecciones para concejal.

La cita de hoy había sido en el «Rendez-vous des gourmets»; por lo visto el incógnito personaje quería que conociese a fondo todos los rincones de Madrid. El anónimo decía que hoy la entrevista era segura, y que para reconocerse en la multitud procurase Arturo llevar en la cabeza algo que no fuese vulgar,

algo que llamase la atención, un sombrero de paja, por ejemplo, pues no era cosa de que se pusiese un sombrero de señora o un morrión.

Sólo que el anónimo comunicante, al tomar aquella precaución, se había olvidado por lo visto de que el servicio de guardarropa en el establecimiento de la calle de Embajadores era gratuito y obligatorio.

Como los cargos populares en la curia de la antigua Roma.

***

¿Cómo le habría conocido? El caso era que cuando más embelesado estaba él admirando lo bien que tangueaba una pareja de señoras solas, se le acercó un hombre, le cogió del brazo y le dijo, con una voz que pa-

recía salir de un barril de aguardiente:

—¿Es usted don Arturo?

—El mismo, para servirle.

—Bueno, pues haga usted el favor de venir conmigo.

—Vamos.

Cruzaron el salón; en muchos sitios tuvieron que abrirse paso a codazos. Allá, en un rincón que estaba medio a obscuras, había dos mujeres sentadas en un banco que parecía un cajón de petróleo. El hombre le había preguntado por el camino:

—¿Le gustan a usted gordas o delgadas?

—¿El qué?

—Las mujeres. ¡Qué va ser!

—Podían ser las chuletas de huer-

ta... Pues me gustan de todos modos. ¿Y a usted?

—Entonces nos vamos a arreglar en seguida...

Y al hallarse frente a las dos mujeres, le dijo lacónico:

—Elija usted.

La una era gorda hasta el pleno y la otra tan delgada que parecía un hombre anémico: pero las dos eran agraciadas de rostro.

—¿Que elija yo? ¿Para qué?

—Para bailar.

—Le advierto a usted que yo, esto del tango no lo muevo bien.

—¡Toma, ni yo tampoco! Pero si no bailamos vamos a llamar la atención, y eso no creo que le convenga a usted.

—Perdón; como yo voy a llamar

la atención es si bailo, no le quepa duda. Pero, en fin, sea lo que Dios quiera; allá voy.

Arturo, como hombre previsor, eligió a la gorda; al estrecharla entre sus brazos parecía haber cogido un colchón, para trasladarlo de una habitación a otra. Pero ella era una maestra en eso de la danza; él, sin más que dejarse llevar, resultaba un campeón, y mientras su acompañante se perdía con la flaca por el bullicio de las parejas, ellos se encontraron a las pocas vueltas en una especie de oasis donde la aglomeración disminuía, y donde, por lo menos, se podía respirar. No habían desplegado los labios, pero de pronto ella, tuteándole con todo candor, comenzó a hablarle muy bajito:

—Oye, Arturo, desconfía de tu portero.

—¿Por qué dice usted eso, señora?

Entre las notas calientes y guasonas del tango sonaba la voz de ella como la de una extraña sibila que no quisiese descorrer del todo el velo de la verdad.

—Yo sé por lo que lo digo. Y la cartera, lo que debes hacer es quemarla.

—Pero si es preciosa y además le tengo cierto afecto.

—Conservándola en tu poder puede ser tu ruina.

—Bueno; pero ya que eres tan franca conmigo, ¿quieres decirme por qué se manchó de sangre sin salir de mi bolsillo?

—No lo sé, y si lo supiera no podría decírtelo.

—Entonces, ¿para qué he venido yo aquí esta noche? Se me prometió que sabría toda la verdad.

—¿Quieres saber una verdad muy grande?

—Venga de ahí.

Llegaban a la cuarta figura de la danza, aquella en que el hombre y la mujer se balancean, cada uno para un lado distinto, como si no estuviesen conformes en nada de este mundo. Arturo se iba ya fatigando.

—Oye, ¿no podríamos sentarnos un poquito, aunque fuera en el suelo?

Primero escucha, y que no se te olvide lo que voy a decirte... Antes, una advertencia: en cuanto dejemos

de bailar háblame de cosas indiferentes, pero ni una palabra del asunto... Pues te comunico que todo cuanto te contó la otra noche en tu casa el hombre rubio que entró por el balcón, es mentira.

—Me lo había olido. Pero entonces, ¿quien mató a los jóvenes de *La Camelia Negra*?

—Agárrate.

—Ya lo hago: ¿es que vamos a cambiar el compás?

—No; lo digo para que no te caigas al oirme.

—Habla.

—¿Sabes quién fué el asesino del restaurant?... ¡Nadie!

—¡¡Cómo!!

En aquel momento dejaron de bailar: ella se agarró a su brazo y

lo llevó hacia la calle. Arturo estaba como loco. ¡Nadie! ¿Qué había detrás de aquella palabra? Un asesinato sin asesino... ¿Era esto posible? Algo así como una corrida de toros sin toros. Estaba aviado: había venido a enterarse de todo, a saber la verdad, y tenía que marcharse con un lío más en el cerebro, y una sombra más en el conjunto de ellas que envolvían el deplorable asunto.

Porque se tenía que marchar; la mujer gruesa se lo ordenaba imperiosa:

—Ahora vete a la calle; no tienes más remedio. Tu vida aquí peligraría; hay quien te acecha. Dentro de pocos días volveremos a citarte en otro sitio, y entonces sabrás algo

más.—Y de un empujón lo puso al otro lado de la cortina, junto al guardarropa.

—Sí, se iría a la calle; le había entrado miedo de estar allí. Sacó la chapa con el número que le habían dado a la entrada, a cambio de la capa y el sombrero, y la entregó al mocito con tufos.

—El 38—cantó éste en voz alta, y fué corriendo a buscar las prendas en el montón de ellas que había sobre unas sillas.

Arturo se impacientaba; transcurrieron unos segundos, y el de los tufos volvió algo azorado:

—Lo de usted es una capa y un paja, ¿verdad?

—Sí, hombre; ¿no te acuerdas?

—Va en seguida.—Y volvió a

la busca, esta vez más inquieto.

Arturo comenzó a mirarle con cierta inquietud. Cuando al poco le vió volver con las manos vacías, se escamó de veras.

—¿Recuerda usted de qué color era la capa?

—¡Ya lo creo! Había sido azul; ahora ya iba tomando un tinte amerluzado que le iba muy bien.

—¿Y las vueltas?

—Bicolores: verde-amistad y rojo-insolación.

—Voy a ver.

Durante toda aquella escena, Arturo observó, por casualidad, que un hombre no dejaba de mirarle, volviendo la cabeza para otro lado cuando él, a su vez, le miraba; y notó algo más: que aquel individuo,

tan pronto como alguien se interponía entre él y Arturo, se acercaba, y con muy buenos modos rogaba que se apartasen para dejarle ver a su sabor. No había duda, la gorda tenía razón: le espiaban. Y le entraron unas ganas terribles de irse a la calle.

El de los tufos volvió otra vez:

—El sombrero era de paja, ¿verdad?

—Sí, hombre, sí; de paja. ¿Qué ocurre? ¿Os lo habéis comido?

—¡Ay, señorito, qué compromiso! Nos va usted a tener que dispensar.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—¡Una cosa horrible! Que en un momento en que me he ido al salón a dar unas vueltas de baile, porque uno también es hombre, se ha que-

dado al cuidado de esto mi padre, que está medio ciego...

—¿Y qué?

—Pues que se conoce que ha equivocado los números, y al salir el 83 le ha dado lo de usted, que es el 38.

—¡Pero qué bruto!

—Es que, sabe usted, tiene una enfermedad en la vista, que le hace ver los números al revés...

—¿Y con qué me voy yo ahora a la calle?

—Si quiere puede llevarse lo que hay en el 83.

—¡Maldita sea la hora en que vine aquí! Pero, molido niño, ¿qué demonios hay en el 83?

—Esto—. Fué corriendo y trajo una bufandilla, de esas que no son más que una ilusión de abrigo, y

una gorra de pelo, sucia por fuera y grasienta en su interior.

Arturo se cegó a la vista del cambio; su capa soberbia, que todavía podía tirar tres años—sobre todo si no se la sacaba de casa—y su sombrero de paja, que estaba empezando a vivir, trocados por aquellos pingajos que parecían el ajuar de una destrozona...

—Pero, niño funesto, ¿con esos trapos quieres tú que me vaya yo a mi casa?

El niño comenzó a picarse.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga, señor? Váyase a cuerpo, o tome usted un coche a la salida.

—Trae acá eso, que lo que yo quiero es marcharme cuanto antes de este presidio... ¿No me puedes

decir, por lo menos, quién se ha llevado lo mío?

—¡Ah, eso sí; me acuerdo perfectamente! El señor Obdulio, el de la calle de Cisneros.

—¿Y quién es ése?

—Un trapero, que tiene un bazar de ropas hechas en la Ronda, junto a las tapias de la Veterinaria.

—¡Dios santo! En ese bazar estarán mañana mis prendas, expuestas a la vergüenza pública, y expuestas, además, a que un comprador rumboso las adquiera por ocho o nueve reales. ¡Qué asco!

Se lió la bufanda al cuello y a la cabeza para evitar la pulmonía, y tiró la gorra al suelo, pisoteándola encima. ¡En seguida se ponía él en la cabeza aquel foco de infección!

Al salir a la calle y pasar por frente al mostrador, donde estaba el dueño del antro, no pudo contenerse y dijo:

—¡Vaya un servicio! ¿Y para eso le pone usted a esta pocilga un nombre francés? ¡Como si en español no existiera la palabra cuadra!

Aquel desahogo le valió salir a la calle escoltado por los insultos del dueño y de algunos parroquianos:

—¡Vaya el pollo!

—¿Por qué no va usted a los bailes de Palacio?

—¡Zape!

—¡Que se va a constipar!

—¡Y luego mamá le pega!

Los despreció a todos, y sólo se fijó en una cosa, que le intrigó en grado sumo: cuando la bronca esta-

ba en su apogeo, el hombre que le había estado espiando mientras él discutía con el del guardarropa, le acompañó hasta la puerta, procurando que nadie se le pusiese delante. Al pasar por frente al dueño del establecimiento, le guiñó un ojo, y sonrió, como diciendo: «Esto ya está».

¿Qué nube espesa se iba formando en torno de él?

***

¿Por qué la Prensa—esa palanca, etcétera—había dejado de repente de hablar del crimen de *La Camelia Negra* a los tres o cuatro días de cometido?

No se había descubierto al autor; la pista, dada el primer día, del jo-

ven alto y rubio, etc., se había abandonado por estimarse falsa; la joven víctima del suceso estaba ya buena y sana, y ahora, que podía hablar y contribuir a aclarar el misterio, no se le había ocurrido a ningún reporter ir a visitarla y arrancarla hábilmente una confesión.

Pero lo más extraño fué el suelto que publicaron al quinto día casi todos los periódicos, y que parecía un suelto de contaduría. Decía así: «Desde hoy dejaremos de hablar a nuestros lectores del crimen de *La Camelia Negra*. Este silencio nuestro no es definitivo, no es más que provisional; dentro de algún tiempo contaremos el final, absolutamente imprevisto e inesperado, que ha tenido un suceso que tanto apasionó

al público; por hoy no podemos, pues sería acaso destruir ese mismo final».

¡Un misterio más que añadir a los muchos que se acumulaban sobre el hecho!

La entrevista habida en casa de Arturo, entre éste, Chichí y el hombre que se coló por el balcón, había terminado de un modo grotesco. El presunto asesino había dicho:

—Yo estoy dispuesto a salvarlo a usted; pero usted tiene que salvarme a mí.

—¿Yo? ¿Qué he de hacer?

—Muy sencillo: decir que si yo maté al joven rubio de un botellazo en la frente fué porque él, a su vez, quiso estrangularme.

—¿Y cómo voy a decir yo eso?

—Pues afirmando que lo vió us-

ted todo desde el otro cajón del trinchero, donde se había escondido al mismo tiempo que yo.

—¡Hombre, vaya usted a paseo!

—¡Ah! ¿Se niega usted? Pues nos veremos las caras en otra parte.

Y diciendo esto, con un tono de amenaza inenarrable, volvió a marcharse por donde había entrado como una sombra que se esfuma.

Claro que aquel hombre era un farsante. Arturo se convenció de ello. Su versión del crimen, en la que había un cincuenta por ciento de fantasía y otro cincuenta de guasa y de camelo, no era más que un dislate inaceptable. Pero entonces, ¿a qué había ido a su casa aquella noche? ¿Qué móvil le guiaba? ¿Se trataba de un loco?

Por todos lados el enigma.

Cuando Arturo volvió aquella noche a su casa, con la cabeza tapada por la bufanda, defendiéndose de la meningitis, tenía tomadas dos resoluciones irrevocables: quedarse en Madrid, por ahora, y deshacerse de la cartera manchada de sangre, con arreglo al consejo de la señora gorda que había bailado con él.

¿Para qué había de huir? ¿De quién o de qué? El asunto, según el suelto de la Prensa, había terminado; la pista del hombre rubio era falsa; luego al salir a la calle, en Madrid, no podían aguardarle más molestias que las naturales que nos produce a todos el mal estado del pavimento y el hallazgo fortuito con los acreedores.

¡La cartera! Constituía un peligro, indudablemente; peligro que no se sabía a punto fijo en lo que consistiese, pero por lo mismo más temible.

Encendió el infiernillo de alcohol, en que calentaba los emparedados y los parches porosos, y en sus azules llamas fué chamuscando primero la piel dura de la cartera, que despedía un olor bastante desagradable. No fué labor fácil la de reducir a cenizas todo aquello; cuando lo hubo conseguido, las recogió en un papel, abrió el balcón famoso y las aventó en el silencio de la noche.

¡Cenizas! ¡No había otro remedio! Si para deshacerse de ella la hubiera arrojado a un pozo o puesto al paso de un tranvía para que la

aplastase, seguramente al otro día llamaría a la puerta un desconocido para devolverla, aunque la hubiese tenido que sacar del centro de la tierra. Pero ahora ya... ¡un poco de polvo! En polvo se había convertido también aquella fatídica mancha de sangre, que había llegado a convertirse en una obsesión, en una pesadilla.

Cerró el balcón, corrió el estor, se quitó las ropas, se metió en la cama y se quedó dormido con la tranquilidad de un justo y con la inconsciencia de un bebé.

***

En aquella época del año no amanecía hasta las seis y media de la mañana; de modo que cuando a las

seis menos cuarto abrió la puerta del establecimiento el señor Lucas, era casi noche cerrada. Pero no había más remedio: a las seis estarían allí aquellos señores de Madrid, que probablemente no se habrían acostado, y no era cosa de que la puerta les diera en las narices.

Además, que a él el madrugón no le podía; en cuanto se tomaba dos inyecciones de cazalla para uso interno, como si hubiera salido el sol.

Acabó de abrir las puertas, sacó a la calle el farolillo y fué a dar la vuelta al camino de Fuencarral, por si veía venir a alguno de los matuteros.

Como no le cumpliesen hoy el encargo, le fastidiaban más que nunca; necesitaba seis conejos antes de

las diez de la mañana, y si no se los traían, ¿qué les iba a poner de comer a aquellos señores, que no saldrían un día al campo para hacer penitencia?

Mirando para lo bajo del barranco vió entre las sombras subir un bulto que le llamó la atención; el que fuera, o estaba borracho o venía escondiéndose de alguien, pues subía por el atajo de los pinos, balanceándose de un lado para otro, y pasando de árbol en árbol, como si no quisiera dejar mucho tiempo el cuerpo a descubierto.

Por si era uno de los del matute, le hizo el silbido de ritual, pero no contestó y siguió andando. Se acercaba, y el señor Lucas tomó sus precauciones; se pegó a la pared del

patio de su casa y buscó a tientas algo que abultaba en el bolsillo del pantalón. Se iniciaba una claridad anémica por encima de Madrid: en el fondo parpadeaban las lucecillas de Fuencarral.

El caminante se aproximó, subió al camino y dió unas buenas noches muy pacíficas al señor Lucas; iba a seguir de largo, pero pensó otra cosa.

—Diga usted, buen hombre: ¿este es el sitio que llaman *La Jaramilla?*

—El mismo, sí, señor.

—¿Cae muy lejos de aquí el ventorro del señor Lucas?

—Está usted hablando con el dueño de ese ventorro, que es esta casa a cuyo amparo estamos.

—Pues entonces aquí me quedo.

Estoy citado con unos señores...

—¿Será usted también de la partida?

—¿De qué partida?

—Hoy espero en mi casa a unos señores de Madrid que vienen a pasar aquí el día; bueno, aquí y en los alrededores. Son diez o doce, y puede que usted sea uno de ellos.

—Vamos a ver: ¿quién es Pascual?

—Pascual, así a secas, no conozco ninguno.

—¿Y Romaguera?

—¡Ni a la ventana te asomes!

—Es decir, que usted espera hoy en su casa a una gente que no sabe quién es. Pues lo mismo me pasa a mí. Se me ha citado aquí, y no sé quién me cita, ni para qué se me cita. Me dicen que para una cues-

tión que me interesa muchísimo; supongo que no será para comernos un arroz con pollo.

—Si le parece a usted pasaremos dentro; el sol, como aún no ha salido, calienta poco todavía, y aquí no se está bien.

Pasaron al establecimiento, una especie de cueva con el techo tan bajo que se tocaba con los codos al beberse un vaso de vino. Estaba limpio aquello, con varias mesas redondas distribuídas acá y allá y una enorme provisión de botellas y frascos de vino, colocados en paso de parada sobre el mostrador. En el testero del fondo había un cromo de colorines que representaba el hundimiento del *Maine* en la bahía de la Habana; las moscas ha-

bían dejado en él señales de su paso.

Una taza de café caliente que Arturo tomó como desayuno le puso el cerebro en plena ebullición, y en seguida, como le venía ocurriendo desde hacía quince días, empezaron a bailarle una porción de problemas. Vamos a ver: si aquellos señores, según le acababa de decir el industrial, no pensaban aparecer por allí hasta más tarde, ¿por qué le habían citado a él a la salida del sol? ¿Y por qué la cita había sido allí, a siete kilómetros de Madrid, y no en un café de la calle de Alcalá, donde se puede hablar de todo, sin que se entere nadie más que el camarero de turno y los vecinos de las mesas inmediatas? Pues ¿y to-

das aquellas instrucciones para llegar hasta allí? Venga usted a pie, no coja un coche por nada de este mundo; procure ir dando un rodeo por los altos de la Moncloa; si ve que le sigue alguien, déjelo pasar delante y eche usted a correr en dirección contraria... Y él, obediente a todo como un borrego, lo había hecho tal y como se lo habían mandado. Verdad es que en caso de desobediencia le amenazaban con la muletilla fatal: su vida corre grave riesgo.

Para distraer la espera salió a ver amanecer; se situó en un altozano que había frente a la casa y que dominaba el valle del canalillo con sus frondas indecisas. El día era tibio, la atmósfera estaba encalmada, el

cielo estaba sin nubes. Arturo estaba triste. Los primeros blancores —¡ay, blancores!—de la aurora le parecieron a él lágrimas lechosas que resbalasen por las mejillas de una doncella a quien el novio se le hubiese escapado con otra, con otra doncella. En el aire, y mientras las estrellas iniciaban un movimiento estratégico hacia el ocaso, parecían sonar unos violines con sordina, tocados por manos febriles. La eterna armonía de las cosas se iba rellenando de sonidos: era el ave que empezaba a piar en su nido; era la oveja que salía de su establo; era el obrero que salía de su casa para ir al tajo, más tarde que de costumbre... Poco a poco, el contorno de los seres se precisaba; las cosas ya

no parecían buñuelos de viento; los árboles ya no parecían esqueletos; los montes ya no semejaban elefantes dormidos; los postes del telégrafo ya no simulaban bastones gigantes de estoque. Y allá, en el orto —¡ay, Ladislao, el orto!—como si acabasen de montar una fábrica de luz eléctrica para el cielo, se iba ensanchando el claror como una mancha de aceite que se desborda en un pantalón de franela. Y lo que más conmovía a Arturo Ibarra de este espectáculo era pensar que una cosa tan hermosa, un derroche semejante de belleza, se repetía cada veinticuatro horas, y ¡ay de nosotros cuando pasase más tiempo sin repetirse!

Y el hombre, esa bestia que anda

en dos pies por darse postín y por no mancharse las manos, se quedaba en la cama todos los días del año hasta que el sol llevaba unas horas de camino. Es decir, que viene al Real Titta Rufo, y la gente se da de puñaladas por oirlo; se anuncian miuras por Belmonte, y cada asiento de tendido se disputa como si fuera una pepita de oro; se inicia en las Cortes una discusión de presupuestos, y los pasillos se pueblan de padres de la patria; y en cambio, se sabe fijamente que todos los días va a amanecer, y el noventa y cinco por ciento de la Humanidad, al meterse en la cama por las noches, le dice a la criada: «Oyè, Ginesa: mañana éntrame el chocolate a las diez y media»... Es lo que dirá el

Sumo Hacedor en los ratos de sinceridad consigo mismo:

—¡Cree usted el Mundo para esto!

.....

Ya comprenderá el lector que en lo que hemos escrito—¡y creado!—las líneas anteriores habían dado las seis de la mañana en todos los relojes de Madrid, y habían llegado al ventorro del señor Lucas los señores a quienes éste esperaba.

Eran siete, y llegaron en dos automóviles, metiendo bastante ruido; dos señores graves, muy graves, de aspecto extranjero, aunque uno de ellos hablaba un andaluz adulterado por una larga permanencia en Galicia, que bien podía ser una reminiscencia de algún as-

cendiente; dos más jóvenes que debían padecer neurastenia, a juzgar por los dos vasos grandes de aguardiente que se bebieron apenas descendieron de los coches; un joven completamente obscuro, y dos seres más, de esos de personalidad indefinida.

Gente toda muy bien vestida, y que por el aire de seriedad que adoptaban, más que a correr una juerga parece que habían salido al campo a correr galgos o a ventilar una cuestión de honor.

Como si obedeciesen a una consigna, todos, conforme vieron a Arturo, se le fueron llevando aparte, para preguntarle con mucho misterio:

—Usted es don Arturo Ibarrra, ¿verdad?

Y éste, que no ocultaba su personalidad, sobre todo desde que había leído en los periódicos que la pista que le señalaba a él como autor estaba abandonada, contestaba siempre:

—Servidor de usted.

Ya llevaba seis preguntas y otras tantas respuestas; pero al llegar el último, fuera por aquello de que el último mono es el que se ahoga, o fuera porque formuló la pregunta con aire de marcada impertinencia, como quien demanda: «Usted ha extinguido ya condena en Ocaña, ¿verdad?», ello fué que Arturo le contestó:

—Si quiere saberlo, pregúntelo a cualquiera de sus seis compañeros, que ya van enterados.

Pero el hombre no se inmutó, y con toda sangre fría añadió:

—Y si se lo pregunto, ¿cree usted que me dirán que sí?

—Evidentemente.

—Pues me saca usted de un compromiso, porque yo a esos señores no puedo preguntarles nada, por la sencilla razón de que no les conozco.

—¡Cómo! ¿No ha venido usted con ellos?

—No, señor mío; ellos conmigo.

¡Misterio! ¡Otro misterio que añadir a la lista, por lo visto interminable!

La voz del que parecía jefe de la tropa vino a sacarle de la abstracción en que se disponía a sepultarse.

—Señores, ya que estamos todos,

creo que antes de nada lo primero que debemos hacer es comer.

El señor Lucas, auxiliado por su hija, una morenita de faz algo aborregada, y por ello muy agradable, había puesto dos mesas al sol, en la puerta misma de la casa; en ellas no faltaba nada de cuanto el *atrezzo* culinario ha inventado para agrado de los comensales: desde los entremeses variados hasta los palillos de dientes. Lo que no se veían por ninguna parte eran las servilletas. ¡Quién sabe! Puede que fuera la última palabra de lo *chic*.

—Usted, señor Ibarra, colóquese ahí, en el sitio de honor, ya que casi en obsequio de usted se celebra esta pequeña expansión.—Le señalaba la punta de una mesa, cara al sol, y

de espaldas al hermoso paisaje de la Sierra.

Obedecería. ¡Qué remedio! Puede que en aquello también le fuera la vida.

Aposentados los comensales, el señor Lucas apareció con una especie de caldero, de donde salía algo así como una nube de incienso. Era una sopa hecha con treinta y seis clases distintas de despojos de ave. Por los rostros de todos pasó esa nube de optimismo, que es el vermú obligado de las grandes comidas.

La cosa iba a empezar; el señor más grave de todos, el que parecía el jefe, se alzó de su asiento.

Todos creyeron que lo hacía para empuñar el cucharón de metal que

estaba allí al alcance de su mano y hacer las raciones; pero quedó un momento mirando al horizonte, por la parte que daba a la carretera general, y sacó unos gemelos de bolsillo, que se echó a la cara con impaciencia. De pronto, dió un grito y exclamó:

—¡Señores, estamos perdidos! ¡Nos han descubierto!

Todos se pusieron en pie. Seis pares de gemelos salieron a relucir y se enfocaron hacia el sitio por donde acababa de hacer su aparición el peligro. El jefe habló:

—¡Perdidos!, sobre todo usted, señor Ibarra, porque la cosa viene indudablemente contra usted.

—Pero, ¿de qué se trata?

—Para explicárselo tendríamos

que hablar mucho, y en lo que hablábamos daríamos tiempo para que llegasen aquí, y entonces usted liquidaba.

Arturo comenzó a temblar. ¿Qué iba a pasar allí? ¿Qué gente era aquélla? ¿Quién venía a lo lejos?

El señor grave tomó la palabra, esta vez en tono resuelto y coreado por todos sus compañeros:

—Lo que usted debe hacer, pero en seguida, en seguida, es no preocuparse de nosotros. Nosotros nos quedaremos aqui para parar el golpe, y usted debe salir corriendo por ese camino de la izquierda, por donde vino antes. ¿Usted monta a caballo?

—Si el caballo se deja, sí, señor.

—Bueno, pues ahí bajo, apenas

haya usted recorrido cien metros, en un recodo del camino, y atado a un árbol, encontrará usted un caballo soberbio: móntese en él y salga a todo galope hacia el camino de El Pardo. Allí verá usted un automóvil rojo, parado en mitad de la ruta; se acerca usted al *chauffeur* y le dice al oído: «La muerte es lo último». Es la consigna, ya lo habrá usted comprendido. El automóvil lo llevará a usted a las orillas del Manzanares, y aquí viene lo más arriesgado: vestido, sin perder el tiempo en desnudarse, porque perderlo podía serle fatal, se arrojará al agua y cruzará el río. ¿Usted nada?

—Cuando no tengo otro remedio, sí, señor.

—Bueno, pues gana usted la ori-

lla opuesta, y, una vez en ella, respire a sus anchas, ya está usted libre.

—¡Cómo! ¿Y si me han seguido? ¿Y si me han visto?

—Aunque así fuera, que no será, porque para impedirlo estamos aquí nosotros, usted, en llegando a la otra orilla, libre.

—Pero sobre el Manzanares hay puentes, por donde pueden pasar mis perseguidores...

—Que no se preocupe, hombre! ¡Libre!... ¡Cuando yo se lo digo! Una vez allí, se va usted siguiendo las tapias de la Casa de Campo, y en la Puerta de Segovia... ¿Usted toma el tranvía?

—Me ocurre con eso lo que con la natación: cuando no tengo más remedio.

—Bueno, pues en la Puerta de Segovia toma el tranvía, se apea de él en la Plaza Mayor, y por hoy nada más. Bueno, pero ahora váyase, váyase, que el tiempo es platino, que, como sabe, hoy día vale más que el oro.

Casi le empujaban entre todos para que se marchase. ¡Qué remedio! Emprendería aquella carrera loca que nadie sabe cómo iba á acabar; se abrochó el gabán, se remangó los pantalones y se dispuso a tomar carrera. La frase sacramental no podía faltar en esta ocasión:

—Corra todo lo que pueda, que le va en ello la vida.

Fué como si hubieran apretado un botón eléctrico. Arturo Ibarra, como una liebre acosada, se lanzó

por el camino del barranco a una velocidad de sesenta batacazos por hora.

***

Y en efecto: tal y como se lo habían dicho, al volver el camino vió un caballo negro con montura a la inglesa, que entretenía la espera haciéndose polvo las herraduras delanteras contra el suelo.

El *sport* hípico no había sido nunca el amor de los amores de Arturo; cuando iba a las carreras de caballos en Madrid, lo hacía por lucir el talle en la *pelousse,* y por gustarle mucho ponerse un magnífico impermeable inglés que su abuelita le había traído de Londres, pues ya se sabía que la lluvia no faltaba nunca en tarde de carreras.

Sólo dos veces recordaba haber montado a caballo en este mundo: una, siendo muy niño, en un viejo caballo jubilado que su padre tenía en el campo para sacar agua de la noria, y que era tan vivo de genio, que para hacerlo tirar tenía que ir un hombre delante enseñándole una ración de alfalfa; y la otra, el invierno pasado, en una función de aficionados que dieron en el jardín de la casa las chicas de Irrigantes, en que Arturo hacía de Pedro el *Ermitaño,* y salía a lomos de un mal rocín, y estaba para que lo ahorcasen.

Pero ahora había que sacar fuerzas de flaqueza y galopar encima de aquel hipógrifo, que por lo vivos que tenía los ojos debía ser en la

carrera como una hamaca movida por la electricidad. Se acercó a él con ciertas precauciones y comenzó a darle masaje en los lomos; el bicho se dejaba querer, y Arturo se animó y de un salto se plantó sobre la montura.

No había acabado de hacerlo, cuando el caballo salió camino abajo en un galope loco que hacía huir el paisaje a derecha e izquierda, como desde las ventanas de un tren al que se le han roto los frenos. Arturo se agarró con ambos brazos al cuello del animal y lo dejó ir a su sabor.

Aquel jaco, en su carrera ciega, no se paraba en nada; si había que cruzar un baden, lo saltaba de un lado a otro; si era un puente el que

había que pasar, lo tomaba de flanco, y desde lejos le daba un bote de baranda a baranda. En uno de los muchos recodos que hacía el valle, el animal, por exceso de marcha, se despistó y se metió en el monte, donde bien pronto los chopos y los pinos iban a detenerlo en su carrera; pero él, con sagaz instinto, aprovechó un claro de la vegetación para lanzarse de un bote al camino. Y Arturo, a todo esto, allá arriba, como un trapo que hubiesen atado a la silla para espantar a los chiquillos.

Media hora duraba ya aquella marcha de pesadilla, cuando el jinete —¡llamémosle así!—descubrió entre dos lomas la sábana ancha y recta de la carretera de El Pardo; debía

estar muy cerca, aunque por las revueltas que daba el camino por donde ahora iban parecería más lejano.En su centro vió parado un automóvil, que era sin duda el que a él le esperaba; y a su vista se le planteó un nuevo conflicto: ¿cómo hacer que el caballo se parase al llegar a la carretera? Bien demostrado había quedado que se trataba de un animal que pensaba por su cuenta y que no obedecía a la voz aunque esta fuera la de la Patti. Y, sin embargo, había que apearse de él para tomar el automóvil. Esto de apearse de un caballo en marcha que está decidido a no pararse, no es tan fácil como parece.

Pero había que resolver el caso con urgencia; en una última curva

el camino apareció recto hasta la carretera, para la que faltaría escasamente medio kilómetro. El jinete, con suavidad, fué iniciando en su asiento una vuelta hacia abajo, sin soltar por ello el cuello del cuadrúpedo; una especie de giro sobre su mismo eje, con posición decúbito transversal sobre el guijarro del camino.

Por lo visto, la nueva postura de Arturo producía al caballo cosquillas en el bajo izquierda del vientre, pues además de aumentar la velocidad de la carrera—si esto era posible—inició una de saltos y de respingos que podían ser fatales para Arturo... Ya tenía éste una pierna en el aire; ya no le faltaba más que soltar la otra, abrirse de brazos y

dejarse caer por uno de los costados del animal, como un saco al que descargan de un modo un poco violento. Dios sobre todo, y él sobre el santo suelo, para aguantar lo que Dios dispusiese.

El grupo estaba ya en la carretera; el *chauffeur*, al ver aquel jinete tan extraño, se había puesto de pie en su asiento. Había llegado la hora. Arturo concentró sus músculos, inició el masculleo de una oración y se dejó caer blandamente.

Dos costillas hicieron quiebra, como una casa de banca mal administrada; nuestro hombre no se dió cuenta de dónde ni cómo había caído, porque vió con dolor que tan pronto como el caballo soltó la carga, que por lo visto le molestaba, se

paró en seco, como si le hubiesen dado un serretazo.

Arturo se incorporó como pudo, y miró al caballo con melancolia.

—¡Rico! ¡Precioso! ¿No podrías haberte parado medio minuto antes?

Pero ya el *chauffeur* acudía en su auxilio:

—¿Se ha hecho usted daño, señorito?

—Así al pronto, no; luego, cuando se enfríe, será ella:

—Pero, ¿podrá ir por su pie al automóvil?

—Yo creo que sí; sobre todo si me ayudo con las manos.

Y a cuatro patas, dolorido, medio muerto, subió al asiento del auto, que partió como un rayo; el caballo quedó allí solo, en medio de la ca-

rretera, como cosa que ya no sirve y que se abandona a su suerte.

Pasaba el campo y las casas de orilla de la carretera como pasan los ratos felices en este mundo: muy aprisa. Esa sensación de huir y no saber de quién se huye, era nueva para Arturo y producía en su espíritu una inquietud tan rara como causaría el que le afeitasen a uno con los ojos vendados y no supiese quién le afeitaba.

Al poco rato de aquel caminar sin tregua entre nubes de polvo, el automóvil dejó la carretera y se internó sin aminorar la velocidad, por un camino que bordeaba doble fila de arbolillos. Aquella ruta conducía derecha al río, que se veía allá a lo lejos brillando al sol, como la hoja

de un cuchillo que no se ha usado nunca. Esta imagen es la primera vez que se emplea en el idioma castellano.

Al paso que iban, pronto llegaría el momento más angustioso del viaje: aquel en que Arturo, siguiendo a la letra las instrucciones recibidas, había de tirarse al agua con toda su ropa y con todas sus consecuencias; ya la alameda de los arbolillos se dilataba en la pradera, risueña como todas las praderas por donde ha pasado la literatura.

El cauce del Manzanares se veía ya en toda su anchura; la mañana era hermosa, más propia para una jira campestre que para un suicidio, que era lo más parecido a lo que Arturo iba a hacer.

El *chauffeur* se revolvía intranquilo en su asiento, y de cuando en cuando volvía la cara al interior del coche. El viajero le veía hacer esfuerzos desusados, tocando aquí y allá, en los frenos, los pedales, el carburador... Y el coche cada vez corría más, faltarían para llegar a la orilla unos quinientos metros.

Arturo comenzó a escamarse. ¿Por qué no disminuía la velocidad aquel hombre? ¿Es que quería hacer un alarde de habilidad y parar en seco al borde mismo del agua? Se exponía a saltar desde el asiento a la mitad del cauce... Ya no faltaban más que cincuenta metros; Arturo se enojó:

—Pero hombre de Dios, ¿no para usted?

—Si es que no puedo, señorito; los frenos no juegan. Yo creo que les falta algún tornillo.

—Al que le van a faltar dentro de poco tres o cuatro es a mí, porque de esta hecha me voy a volver loco...

¡Era demasiado! El caballo no podía parar, el automóvil tampoco. A él le habían encargado que se echase al agua con todo lo puesto, pero no con el carruaje... Repetiría la hazaña: se dejaría caer blandamente a tierra, sin preocuparse de la marcha del vehículo.

Ya se disponía a hacerlo, cuando el coche paró de pronto y con un golpe seco; ya casi dentro del agua se había atascado en el fango de la orilla, y allí seguía el motor peleándose consigo mismo. El viajero

se echó a tierra, se hundió también en la arena, y con toda calma, sin despedirse del mecánico, sin darle importancia a lo que hacía, se metió en el agua, que bien pronto le arrastró hacia adentro.

***

De memoria se sabía él las burlas y chacotas que sobre la anemia hidráulica del Manzanares habían hecho los autores de revistas teatrales y los demás poetas festivos. No moriría hidrópico el pobre río, según afirmaban unos y otros; pero aquí quisiera él verlos a todos ellos, bloqueado de agua, con los pies hundiéndose en el fondo, cuando se cansaba de mantenerse a flote a fuerza de codazos. Y la orilla opuesta cada

vez más lejos; porque positivamente se iba alejando poco a poco; no era ningún fenómeno de espejismo, ni ninguna ilusión óptica.

La ropa, ya pegada por completo a la carne, parecía una ligadura de acero que le dejaba inerme para luchar con la corriente; en su travesía de ribera a ribera, no sólo no avanzaba, sino que parecía retroceder. De pronto pudo ver con alegría que en su infortunio no estaba solo: un tronco de árbol, un carcomido tronco que el azar había arrojado allí, venía en su busca, impulsado por la corriente. Indudablemente era la Providencia quien se lo mandaba: pero si no tenía el acierto de torcerlo un poco, lo recibiría de lleno en plena frente, como una maldición.

Tuvo la suerte de poder buscarle las vueltas y asírse a él; estaba encantado. Era un respiro y una ayuda; pero pronto se convenció de que ni lo uno ni lo otro, porque el leño, dejándose llevar por la corriente, le impedía seguir su verdadero camino, que era la orilla, y si no lo soltaba era capaz de llevarlo hasta el Puente de Toledo. Y no era por ahí...

Separóse de él con cierta melancolía, pues le había cobrado afecto en el poco tiempo que estuvieron juntos. El roce hace milagros, y el maderito le había dejado los brazos llenos de rozaduras. Pero era un estorbo y lo arrojó lejos de sí. ¡Como en la vida! ¡Cuántas veces un afecto es una cadena, y la cadena la arrojamos por la ventana de un quinto

piso o la llevamos al Monte, sangrándonos el corazón!

Había descansado, y nuevas fuerzas vinieron en su auxilio; la orilla ya no huía de él, y el piso se mejoraba a medida que se acercaba a tierra firme... Un esfuerzo más, y la libertad. Lo hizo, nadó con brazos y piernas, hasta destrozarse los pulmones; empujó con la cabeza los últimos tabiques de agua, y por su pie, como un hombre, salió a la otra orilla y se dejó caer en la hierba.

Estaba salvado. No sabía por qué, pero era indudable. ¡Salvado! ¡Se dice pronto eso...!

Salvado y hecho una sopa. Salvado y húmedo... Muy buena mezcla para limpiar los suelos.

***

Había dormido quince horas, de las cuales roncó doce y soñó siete u ocho.

Se echó de la cama, se envolvió en una clámide de pelo ruso y salió al despacho a leer la prensa de la mañana. Sobre la mesa había unos periódicos; los cogió y fué con ellos a la butaca que había junto al balcón.

No llegó a sentarse; había iniciado ya la flexión del coxis, que cambia la postura derecha del cuerpo por la tumbona, cuando los músculos se le paralizaron, el cuerpo quedó inmóvil como el de *Don Bartolo*, y los ojos miraron alucinados al tablero de la mesa de donde acababa de coger los periódicos.

Sí, allí estaba, no podía dudarlo; allí estaba, como si nada le hubiera

ocurrido, nueva, flamante, provocativa... ¡la cartera de piel de canguro que él había reducido a cenizas pocas noches antes, aventando después aquéllas por el balcón!

Y no era una igual, no; era la la misma, con su mancha de sangre en uno de los ángulos, que ya iba tomando parecido con un rubí algo opaco.

Estuvo algún tiempo—nunca supo cuánto—sin mover una sola partícula de su cuerpo; pero al fin, poco a poco, como un elefante que se despereza, avanzó hasta la mesa, extendió la mano derecha, mientras con la izquierda hacía la señal de la cruz, y cogió la cartera.

Sí, allí estaba; no olía a azufre, ni había en ella huella alguna que de-

latase la intervención de un brujo o de un demonio. Era aquélla y estaba allí como si él la hubiese dejado en aquel sitio la noche antes al ir a acostarse.

No cometió la tontería de querer explicarse el fenómeno. ¿Para qué? El día en que ciertos fenómenos se expliquen, el hombre valdrá tanto como Dios, y el misterio de la vida será una especie de charada cuyas sílabas son todas conocidas.

¡No! Aquello era así, y así había que tomarlo; el café se puede tomar solo o con leche; pero ¡la vida! ¡Ah, la vida...! No se nos ocurre más acerca de esto.

***

Paciente lector: ¿no te ha ocurri-

do nunca despertarte a media noche y parecerte que unos ojos te miran en la obscuridad de tu dormitorio, allá en aquel rincón donde tú dejas de ordinario tus zapatillas? ¿No has sentido nunca, sentado en la butaca de un teatro, un deseo imperioso de volver la cabeza, como si alguien te estuviese amagando con un garrote, y sólo esperase el momento propicio para echarte fuera los sesos? ¿No has pensado nunca en el momento de beberte una taza de flor de malva, que con idéntica tranquilidad que tú te disponías a beber aquélla, te la hubieras bebido si hubiese tenido disuelto un veneno? ¿No has dado nunca un grito al entrar de noche en una habitación desierta, y oir un quejido

que sale del cesto de los papeles o del aparato de la luz? ¿De veras no te ha ocurrido nunca nada de eso? ¿Estás seguro? ¿Dices que no...? Pues a mí tampoco.

Eso indica, lector, que tú y yo somos dos seres normales, que nuestro sistema nervioso es una instalación bien hecha, y no un ovillo enredado. No le ocurría lo mismo a Arturo Ibarra; día por día, y, sobre todo, desde el hallazgo de la famosa cartera, que él mismo había reducido a cenizas, se sentía acorralado, perseguido, espiado, y todo ello por seres invisibles.

Si salía a la calle, una persona caminaba tras él, sentía sus pasos, la oía respirar, la notaba pararse en los quioscos a comprar periódicos,

y cuando volvía la cara para verla, se encontraba con un hombre parado ante un escaparate, o con un cartelero que pegaba unos carteles, o con un ciudadano que se agachaba para coger alguna colilla; con alguien, en fin, con quien no se podía encarar para decirle:

—¿Por qué me sigue usted?

Pues el otro le hubiera contestado, pletórico de razón:

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo le sigo? No tengo tan mal gusto.

En su casa, donde vivía solo, notaba, a veces, ruidos extraños, y más de una vez interrumpía sus trabajos o sus lecturas para gritar con desafío: «¿Quién anda ahí?» Nadie contestaba, y entonces él empuñaba

el revólver, y gritaba más aún: «¡Conteste el que sea, o disparo!» No se oía nada, y el revólver volvía a su sitio sin haberse estrenado.

Pero dos hechos ocurridos en el espacio de pocas horas le pusieron al límite de la locura. Una tarde se metió en un café del barrio de Argüelles, que estaba absolutamente vacío; para que acudiese el camarero tuvo que dar tantas palmadas, que aquello parecía una ovación hecha por una claque generosa; pidió un vaso de leche, se lo sirvieron, y cuando fué a pagarlo, el camarero le dijo:

—Está pagado, señor.

—¿Quién lo ha pagado?

—Aquel señor que estaba en la

mesa de allí enfrente, y que se acaba de marchar ahora mismo.

—¿En qué mesa?

—En aquella de junto a la ventana.

—Allí no se ha sentado nadie mientras yo he estado aquí.

—¿Cómo que no, señorito? Que usted no se habrá fijado... Un señor con bigote blanco y lentes...

Estaba seguro de que no había visto a nadie; pero le dió miedo seguir allí, y sin discutir más se fué a la calle.

El otro caso era aún más cabalístico. Llegó a su casa, y fuese porque la leche del café no era una Santa Rita por lo pura, fuese porque, con la emoción, se le hubiese movido el vientre, la primera visita

fué para cierto lugar apartado de la casa, donde solemos entrar casi siempre solos, porque allí es verdad el refrán de «que más vale estar solo que *bien* acompañado». Arturo fué a abrir la puerta, y la encontró cerrada por dentro, y como él insistiera, una voz opaca gritó desde dentro la frase protocolar: «Está ocupado».

¡Muy bien! En su casa, y durante su ausencia, había entrado un hombre; y, por lo visto, no había entrado sólo a robar. *Cerró la puerta por fuera,* y corrió al salón e hizo sonar el timbre que comunicaba con la portería. Subió el portero, y al enterarse de lo que ocurría, volvió a bajar, y tornó a subir armado con una carabina de la primera guerra

carlista, que su abuelo le había dejado, y que para darle a uno un leñazo era insustituible.

—¿Quién anda ahí?—preguntó Arturo a la puerta del lugar misterioso y armado con su revólver.

Como nadie respondía, decidieron echar la puerta abajo, y apenas la empujaron un poco vieron que la cerradura interior se había descorrido sola y que dentro del local no había nadie. Aclaración: toda la comunicación que el local tenía con el resto del mundo era un ventanillo por donde una cría de ratón hubiera tenido que salir de lado.

Arturo, claro está, cayó en la locura, y la locura le dió por el suicidio. Tal dia como hoy, a las tres y cuarto de la tarde, en cuanto hubie-

se hecho la digestión del almuerzo, se pegaría un tiro o los que hicieran falta.

***

A las tres menos veinticinco, cuando sólo le quedaban cuarenta minutos de vida, subió el portero a anunciarle que tenía una visita.

Era una contrariedad, pero que pasase el que fuese; nadie recibe más importunos que los reos cuando están en capilla. La visita eran dos señores: uno de ellos italiano, y el otro el señor venerable que había hecho de jefe de la partida que se dejó caer en el ventorro del señor Lucas la mañana memorable; les acompañaba un joven sonriente, alto y rubio. Después de los saludos

de rúbrica, el hombre venerable habló así:

—Muy bien, joven, muy bien. Lo ha hecho usted todo muy bien, y venimos a darle las gracias en nuestro nombre y en el de nuestros socios. Le traemos, además, veinte mil pesetas, metidas en esta cartera, exactamente igual a otras que habrá visto usted en estos días con el mismo adorno de la mancha de sangre en el ángulo; la casa italiana que las fabrica las hace así para darles cierto tinte romántico.

—Bueno; pero todo eso, ¿a qué viene?

—A que ha representado usted a las mil maravillas, sin una sola vacilación, el papel de asesino perseguido, acosado por el famoso detec-

tive Niquis Sipis, encargado de poner en claro el misterio que rodeaba al crimen del restaurant del *Bistek azul*. Se trata de una película que hemos hecho en Madrid estos días para la casa *Quirites*, de Roma, y de la cual usted es el protagonista. El gerente de la casa es un hombre al que todos los días le da su mujer una paliza, y, además, se le ocurren también a diario catorce ideas originales: una de esas ideas ha sido la de que los actores que están impresionando una cinta no sepan que lo están haciendo, y no adopten así ese aire de afectación que adoptan casi todos ellos, y que les hace, por ejemplo, acabado de asesinar a su hermano, preocuparse de que una onda de pelo que le cae sobre

la frente quede artísticamente colocada. O sea el cine vivido, las películas sacadas de la realidad, pero sacadas sin fórceps.

—Pero entonces... ¿el crimen de *La Camelia Negra...?*

—Fingido. Aquí tiene usted a la víctima—. Y presentó al joven rubio que les acompañaba.

—¡Ah, usted!...

—Sí, señor; yo. Hay que ganarse la vida como se pueda, y como los oficiales quintos de Hacienda cobramos tan poco sueldo...

—Bueno, y ¿cómo se fijaron ustedes en mí?

En honor a la verdad, hay que decir que no fuimos nosotros. Fué el portero de esta casa, que es hermano del conserje de nuestra su-

cursal en Madrid. El nos dijo que usted vivía solo, nos explicó lo fácil que sería instalar aquí en su propia casa un aparato para hacer parte de la cinta, lo instaló él mismo...

—¿Aquí?

Se levantó, fué a la pared del fondo del despacho, alzó un cuadro que representaba el Carnaval de Venecia, y detrás de él, en un hueco del muro, apareció un magnífico aparato cinematográfico, cuyo objetivo coincidía en el cuadro con la cabeza de una de las mascaritas.

—¿Recuerda usted la cita en el ventorro de Lucas, y los paseos que dió usted después a caballo, en automóvil y a nado?

—¡Ya lo creo!

—Todos ellos han sido recogidos

por nuestros aparatos. Aquella mañana, según el argumento de la cinta, iba usted huyendo de todo el catorce tercio de la Guardia civil, que se había movilizado sólo para echarle a usted el guante.

—¿Y las visitas que recibí aquí mismo, primero del acomodador que vino a devolverme la cartera, y luego la del asesino, según él mismo se declaró?

—Todos empleados de nuestra casa y enviados por nosotros.

—¿Y fueron también sus empleados los que antes de cometerse el crimen me pagaron el alquiler de la casa, me hicieron desaparecer una mañana el desayuno de la cabecera de la cama, y me hicieron amanecer otra dentro de ella cal-

zado con unos zapatos de charol?

—Todo eso el portero, el porterito, que se puso a nuestras órdenes para todo lo que hiciera falta. Un poco de cloroformo le hizo a usted dormir en lo que él le ponía los zapatos. Lo demás es bien fácil..

—Nosotros hicimos todo eso para que se fuera usted familiarizando con el misterio y fuese haciéndose a una atmósfera de alucinación.

—Pues por poco tienen ustedes que ir a verme hoy al manicomio.

—No es para tanto, y los cuatro mil duritos que aquí le traemos bien valen algunos malos ratos.

—Hombre, tengo una curiosidad. ¿Quién pagó el otro día el vaso de leche que me tomé en el café?

—¿En qué café? Nuestro vigilante,

porque en todos estos días usted no ha dejado de estar vigilado por nosotros constantemente; le vió entrar en un café hará cuatro o cinco tardes, ¿no es eso?

—Sí, justo; eso hará.

—Pero como allí dentro no haría usted nada interesante para nosotros, pues le esperó a la salida y nada más.

—¿De veras? ¿No es una nueva broma que quieren ustedes gastarme?

—Palabra de honor.

—¡Dios mío! ¿Cómo se explica esto?

El joven rubio intervino.

—Perdone usted, ¿qué le ocurrió? ¿Que el camarero le dijo que lo suyo estaba pagado por un señor fantástico?

—Sí, señor.

—Entonces eso fué en un café que hay en la calle de Ferraz, al final, y que hace esquina.

—Exacto. ¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me ha pasado a mí varias veces. Es un camarero que está loco, y la locura le da por ahí; es decir, no siempre, porque otras veces le da por todo lo contrario: llega un parroquiano, y cuando va a pagarle el consumo, le dice muy tranquilo: «Aquel caballero del bigote blanco y los lentes que estaba en aquella mesa, me ha dicho que pague usted lo que él ha tomado».

—¡Caramba! Pues entonces tuve una suerte loca.

—No le quepa duda.

Los visitantes se levantaban para marcharse. Arturo les dijo:

—¿Ya? ¿Cómo tan pronto?

—Nuestra misión ha terminado. Supongo que el día del estreno de la cinta en el Royal Palace nos honrará usted con su asistencia. Tenemos unos proyectos grandiosos; ahora vamos a impresionar una cinta que nos va a hacer millonarios.

—¿Qué es ello?

—Las inundaciones de los Paises Bajos en tiempos del Gran Duque Filiberto.

—¿Y la van ustedes a hacer por el mismo sistema del calco exacto de la realidad, y sin que el Gran Duque se entere de lo que está haciendo?

—En esta ocasión tendremos que

fantasear un poquito, pero lo menos posible.

—Bueno, pues cuando se decidan ustedes a hacer la película de *El festín de Baltasar*, cuenten ustedes conmigo en clase de Baltasar. Creo que aquel señor se llevaba una vida espléndida, y es evidente que a mi me deben ustedes una compensación. ¡He sufrido mucho estos días!

—Pero se ha inmortalizado usted; es decir, le hemos inmortalizado nosotros. Adiós, caballero.

—No quería yo que se fuesen ustedes sin descifrarme el último enigma. ¿Quién había y por dónde salió el que fuera de ese cuarto, que intenté yo abrir la otra tarde, y que...

—¡Ah! ¿Lo de «está ocupado»?

—Sí, señor.

—Pues muy sencillo; no había nadie, y no tuvo que salir por ninguna parte. La puerta, merced a un resorte automático que el portero colocó en ella, se cerraba por dentro en cuanto la violentaban un poco, y luego se volvía a abrir al manipular en ella de nuevo.

—Pero ¿y la voz? ¿Y aquella voz que yo oí como les estoy oyendo a ustedes ahora?

—Un diminuto gramófono de bolsillo, que puesto en marcha al sacudir la puerta, reproduce todos los sonidos que una persona hace en... ciertos momentos difíciles de la vida.

—¡Caray! ¡Ah! ¡Otra cosa! ¿Cómo se llama la película que hemos tenido el honor de impresionar?

—*Una broma pesada.*

—Hombre, es verdad; el título sólo es un hallazgo. Si yo hubiera sabido que todo era broma, ¡cuánto me hubiera divertido!

—Sí, pero la película hubiera salido peor. Se ha sacrificado usted por el arte, ha sido mártir de esa nueva religión que se llama la película. No le pese; no se arrepienta de ello. Sus hijos recogerán su gloria, y, por si muere usted sin ellos, ahí le dejamos a usted esos billetes con los cuales puede vivir una película práctica durante unas cuantas semanas.

—Esos billetes... ¿No serán también una broma? ¿No estaremos ahora impresionando el final de la cinta «Anatolio recibe el premio de su heroicidad»?

—¡Ah, no! Puede usted creerlo; para eso no hubiéramos venido nosotros. Las palabras sacramentales han aparecido ya en la sábana del escenario: «Ha terminado».

LS.
B4277u
181362
Author Belda, Joaquin
Title Una Mancha de Sangre.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU